

Juan Andrés: «Origen, progresos y estado actual de toda la literatura».

III. Elocuencia. Historia. Gramática.

Antonio José López Cruces. Doctor en Filología Románica

Origen y evolución de la elocuencia

Sitúa Juan Andrés (en adelante, JA) el nacimiento de la elocuencia en la prosa en Grecia y Sicilia gracias a oradores como Pericles, Esquines, Demóstenes y Lisias, rapsodistas que explican a Homero, sofistas como Gorgias y Protágoras, filósofos como Platón y Aristóteles, historiadores como Jenofonte y críticos como Dionisio de Halicarnaso. Tras defender a Demetrio Falereo de la acusación de haber sido el culpable de la corrupción de la elocuencia y culpar de ella a Hegesías, señala que el mayor orgullo de los griegos fue formar a romanos de la talla de Cicerón, Séneca, César, Marco Antonio, Mecenas, Celio, Hortensio y Asinio Polión. JA admira sin reservas a Cicerón:

Él solo podía competir en el estilo oratorio con Isócrates y con Demóstenes, en el dialogal, con Platón y con el socrático Esquines; en el didáctico, con Jenofonte y con Aristóteles, y en el epistolar, aventajarse sin contradicción alguna a todos los griegos. (III, 37)

La Retórica de las escuelas hace degenerar la verdadera elocuencia en declamaciones ridículas y vacuas: "No hay cosa más contraria a la verdadera Elocuencia que el querer ser elocuente sólo con el fin de hacer ostentación de elocuencia". Entre los romanos destacan Columela, Paladio, Plinio el Viejo, Plinio el Joven, Tácito y los escritores de Jurisprudencia. Elogia JA a los primeros maestros de la Iglesia, que saben unir la severidad cristiana a la elocuencia griega: Tertuliano, san Jerónimo, san Agustín, Lactancio, Macrobio, Marciano Capella, Boecio y Casiodoro. Aun en plena decadencia, los griegos pueden ofrecer a Galeno, Plutarco, Luciano, Longino, Hermógenes y Plotino. Los cristianos desarrollan en griego una elocuencia que supera la de los sofistas gentiles. El gobierno despótico de los árabes no facilita el desarrollo de la elocuencia, a pesar de lo cual surge un Alhariri (*Mecamat*). Renace la

elocuencia en Europa tras el periodo medieval con Petrarca, Boccaccio y Leonardo Bruni. El siglo XVI asiste a una explosión de elocuencia con los humanistas (Decembrio, Poliziano, Bembo, Agricola, Erasmo, Vives, Budé), viviendo la moderna latinidad su siglo de Oro. Luego escriben en un espléndido latín Sigonio, Muret, Pedro Juan Perpiñá, Manuzio, Maffei, Melchor Cano y Jerónimo Osório. El francés, que por mucho tiempo se siente como la lengua idónea para la inteligencia universal, no produce escritores excelentes. En Italia cultivan la lengua vulgar, que estudian Dante, Bembo y Sannazzaro, Dante (*Convivio*), Boccaccio (*Decamerón*) y Castiglione (*El Cortesano*); el XVII italiano dará un orador sagrado como Paolo Segneri; el XVIII, a Gravina, Muratori, Zeno y Maffei. Lamenta JA que los italianos imiten a los franceses en lugar de seguir a sus propios escritores. Los españoles imitan sin servilismo a los antiguos, aunque en la etapa barroca se cargue su elocuencia de defectos. Después de Malherbe, Francia puede exhibir a los magistrales escritores del siglo de Luis XIV. Inglaterra intenta rivalizar en vano con los grandes predicadores franceses con Tillotson y Thomas Sherlock, y cuenta con la elocuencia forense de Pitt, al que los europeos leen con el mismo gusto que a Bolingbroke, Addison y Chesterfield. En *De la literatura alemana*, Federico II de Prusia cita a Kant como el único escritor que usa un alemán armonioso; Jerusalem elogia al filósofo judío Moses Mendelssohn y a Engel, a los que JA confiesa no haber leído. Sí conoce el mérito de Jerusalem, Sultzer, Rabener, Sonnefelds y Dennis. Y acaba esta rápida ojeada a la elocuencia de los distintos pueblos europeos refiriéndose a los suecos y a los rusos, destacando la labor cultural desarrollada por la emperatriz Catalina y la princesa Askov.

ELOCUENCIA FORENSE

De los oradores griegos, se detiene especialmente JA en Isócrates, Lisias, Esquines y Demóstenes, y realiza un cotejo entre los dos últimos. (III, 67-69) Tras Demóstenes, su orador preferido, la oratoria griega decaerá. De los oradores romanos, JA destaca a Cicerón, que con sus palabras consigue

nombrar y deponer generales, absolver a los reos, castigarlos con las justas penas, defender los inocentes oprimidos, libertar de las vejaciones a las agraviadas provincias, confirmar a uno en el mando, quitárselo a otro y, en suma, manejar a su arbitrio y conducir donde mejor le

pareciese los ánimos de los jueces, del Senado y del pueblo (...) ¿Quién puede contener las lágrimas en defensa de Milón? ¿Quién no se llena de gozo por la vuelta de Cicerón a la ciudad y también por la de Marcelo? (III, 71-72)

Tras Cicerón merecen mención Craso, Antonio, Filipo, Escévola, Cota, Quintiliano, Ático, Bruto y Plinio el Joven. A Hortensio le debe la oratoria, según Cicerón, "el dividir en ciertas partes la materia que debía tratar y el hacer al fin un epílogo de cuanto había tratado". Luego JA coteja a Demóstenes con Cicerón (III, 73-75), reafirmando la excelencia de ambos. Con el Imperio, Roma, antes plena de oradores excelentes, asiste a la decadencia de la elocuencia, convertida en obligada adulación al César. Tras la invasión de las razas del Norte, una universal barbarie cubrirá Europa durante siglos.

En la Italia del XVI sólo resuenan las oraciones políticas de Casa y las jurídicas de Badoaro. Durante más de un siglo JA no observa en el Parlamento inglés más que "furor, espíritu de partido, anarquía, insolencia, atrevimiento, temeridad". Sólo con Jacobo II y luego con la reina Ana la elocuencia pudo penetrar en dicho Parlamento con Walpole, Campbell, North, Burke, Fox, Shelburne y Manfield. Apunta maneras el joven William Pitt, que puede llegar a ser «el Lisias inglés». En el Parlamento de París brilla la elocuencia de los abogados, generalmente fría, en los discursos de Lemaître, Patrou, Terrasson, Lenormand, «el Hortensio francés», y La Eforse. Los discursos de Cochin y los del canciller D'Aguesseau, con excesiva ironía, narraciones largas y enfáticas, reflexiones violentas, metáforas y alusiones frecuentes, son las últimas reliquias del estilo imperante bajo Luis XIV. Tampoco le agrada el famoso Linguet, de estilo frío y enfadoso, aunque es «el orador del foro moderno». En adición posterior JA destacará al abogado Gerbier, dueño del foro durante treinta años, a Mirabeau y a Jean Siffrei Maury, que brillarán en los Estados Generales. Luego la oratoria degeneró en "una bárbara y salvaje licencia de pareceres, expresiones, lengua, estilo": criados en la monarquía y el comedimiento, los franceses acabarán siendo "parleros elocuentes" crecidos en la libertad revolucionaria y la república, como "el vocinglero de Merlín de Thionville y el charlatán de Barrière". Pobre balance para la elocuencia forense: Linguet, Mirabeau y Maury en Francia; Pitt en Inglaterra. El orador ideal sería para JA el que sin juegos de ingenio diese más energía y majestad a la oración y el tono patético que pide el foro.

ELOCUENCIA DIDASCÁLICA

Comienza JA centrándose en los diálogos de Platón, llenos de defectos, que denuncian los "reflexivos filósofos": largas inducciones, ideas poco precisas, exceso de cavilaciones, doctrina insustancial, falta de método y de orden en la exposición. A menudo se encuentra en ellos

definiciones de nombres no siempre justas, algunas preguntas fraudulentas y muchas importunas, respuestas a veces insípidas y fingidas caprichosamente, digresiones por lo común bellísimas, pero poco gratas al impaciente lector, que siempre quiere adelantar en el asunto sin divertirse a otros objetos, y poco o nada de sólido e instructivo en las materias que desea conocer. (III, 89-90)

Cuando Platón se sujeta al método *obstetricio*, a la ironía y a la inducción de Sócrates, se pierde en sutilezas y vaguedades. A pesar de sus críticas, JA lo cree «príncipe y cabeza de los didascálicos». La elocuencia de Aristóteles se nota más en sus obras morales y políticas y en su *Arte Retórica*, en la *Poética* y en la *Historia de los Animales*, tan admirada por Buffon. Nota JA en Aristóteles "cierto orden filosófico en sus ideas", algo con lo que estaría de acuerdo el filósofo Víctor Gómez Pin (*El orden aristotélico*, 1984). Del peripatético Teofrasto se conservan su *Historia de las plantas* y buena parte de sus *Caracteres*. Los griegos escriben sobre todos los temas con rotundidad, armonía y sonoridad, pero las Letras decaerán entre ellos porque epicúreos y estoicos no prestan demasiada atención a los adornos lingüísticos. A pesar de ello, destaca JA a Dionisio de Halicarnaso, Galeno, Filón de Alejandría, Plutarco, Luciano, y los volúmenes *Enquiridión* de Epicteto y *De sublime* de Longino.

Los romanos escriben con elocuencia de Agricultura, Gramática, Filosofía o Arquitectura. Aunque muchas de sus obras se perdieron, escribieron obras didascálicas Varrón, Vitrubio y Julio César. Cicerón ilumina las más abstrusas materias con sus libros retóricos y filosóficos. Brillan también el enciclopédico Celso, Columela y Séneca, pleno de ingenio, aunque de conceptuoso y oscuro estilo. Como Buffon, JA admira al Plinio el Viejo de *Historia Natural*, "el más rico tesoro de toda la literatura". Destacan Pomponio Mela en Geografía, Paladio en Arquitectura,

Quintiliano en Retórica, Cayo, Papiniano, Ulpiano, Paulo, Modestino, Censorino, Julio Obsecuente y Vegecio en Jurisprudencia. Ya en el siglo XVI escriben en latín Vives (*De disciplinis*) y Melchor Cano (*De locis theologicis*). Recomienda JA en Derecho a Alciato, Jacques Cujas y Antonio Agustín, en Teología al padre Mariana, Petavio y Huet, y en Filología a Sadoletto, Sigonio y Vavasor / Anne Vavasour.

Dedica JA detenido estudio a la literatura italiana en lengua vulgar durante el Renacimiento: Italia tiene a Bembo, a Casa y al famoso Maquiavelo, de máximas útiles o perjudiciales, pero siempre de estilo "natural y preciso, varonil y robusto". Es, sin embargo, el ciceroniano Castiglione quien da con la verdadera elocuencia (JA no cita *El Cortesano*), dando elegancia a la locución "sin enervar ni debilitar el discurso". En el siglo XVII consiguen la exactitud didascálica Sarpi y el Galileo de *El Ensayador*, cuyo estilo imitarán Castelli, Torricelli, Redi, Magalotti y otros miembros de la Academia del *Cimento*. En oratoria destaca Segneri. En el XVIII, se repara el daño creado por el barroquismo del siglo anterior con Gravina, Apostolo Zeno, Maffei, Algarotti, Zanotti, Denina, Cesarotti, Bettinelli, Roberti, Mattei, y en leyes causa revuelo en Europa con sus tesis Cesare Beccaria. Aborda con claridad la legislación Gaetano Filangieri; Tiraboschi y Serassi publican sus discusiones didácticas; Spallanzani, Fortis y Rosa dotan a lo natural y lo fisiológico de exactitud, nobleza y calor expresivo. Escriben en italiano sobre asuntos de crítica también los españoles Antonio Eximeno, Esteban de Artega y Francisco José Lampillas. Luego repasa JA la elocuencia española entre los siglos XVI y XVIII. Elogia especialmente el *Marco Aurelio* de Antonio de Guevara, tan traducido en toda Europa, que une cultura y aire popular, y al Pérez de Oliva del *Diálogo de la dignidad del hombre*. No comentará a los ascéticos como Juan de Ávila ni a los místicos como santa Teresa, pues muchos lectores no incluyen en la elocuencia didascálica los libros de devoción. Alaba la tuliana elocuencia didascálica del «Tulio español», fray Luis de Granada, tan leído en Europa. De fray Luis de León (*De los nombres de Cristo, La perfecta casada*) no sabe qué alabar más, "si la copia de las sentencias o la pureza y elegancia de las palabras, si la suavidad y armonía o la energía, claridad, majestad y fuerza de su estilo". (III, 105) Luego cita a Pedro de Ribadeneyra, Juan Medina y Juan Márquez. Del XVII cita a Quevedo y a Saavedra Fajardo. El primero no cuenta entre los más célebres maestros de la lengua española por culpa de su estilo conceptuoso, no exento de falsos

pensamientos e importunos juegos de vocablos. De mejor gusto le parece Saavedra Fajardo (*Idea de un Príncipe político cristiano*). Halla a Baltasar Gracián dotado de mucha agudeza de ingenio e imaginación, aunque ve que cae en conceptos demasiado sutiles y fríos y en juegos de vocablos. Progresa la elocuencia española en el XVIII gracias al erudito Gregorio Mayans, que promueve su estudio en sus trabajos. Pero ningún autor didascálico alcanza al benedictino Feijoo (*Teatro Crítico Universal*), aunque JA encuentra que su escasa frecuentación de los clásicos españoles y la excesiva de los autores franceses hacen rara su escritura. Generalizan el buen gusto los discursos de Clavijo y Fajardo, Ríos, Capmany, López de Ayala y Sempere y Guarinos.

A continuación se dispone JA a demostrar que Francia vence a las demás naciones en elocuencia didascálica gracias a Montagne / Montaigne y a los sublimes autores del siglo de Luis XIV: Malebranche, filósofo modélico para D'Alambert, los jansenistas Nicole y Arnauld, en los que alaba imágenes y estilo. De Pascal, el terrible ridiculizador del jesuitismo, alaba, sorprendentemente, el estilo de sus *Cartas provinciales*. Aunque es falsa su doctrina, su estilo es elegante y seductor, y es admirable "la destreza en dar a todas las cosas aquel aspecto que más conviene a su intento, y el aire picante de escarnecer y ridiculizar todo lo que quiere". (III, 108) Pero le fastidia cierta monotonía y que se le transparente la pasión. Voltaire mostró bien el falso fundamento de las *Cartas*:

atribuyendo a un todo un cuerpo [la Compañía de Jesús] las opiniones de algunos particulares que igualmente hubiera podido atribuir a cualquier otro cuerpo, y queriendo culpar a una sociedad de hombres cultos y religiosos de un premeditado designio de corromper el género humano, lo que no es creíble en ninguna secta o sociedad la más malvada y bárbara. (III, 109)

Sus *Pensamientos*, que quizás pecan de "biliosa melancolía", muestran "una sublimidad, una exactitud, una fuerza y una verdad que dejan harta profunda impresión y bastante clara persuasión en el ánimo de los lectores". (III, 109) Pero si compara a Pascal con Bossuet, «el Platón o el Tulio francés», qué pequeño le parece Pascal. Ni griegos ni romanos poseyeron su alma sublime, su ingenio y su penetrante espíritu. Su *Discurso sobre la Historia Universal* sigue "los pasos de la divina sabiduría en la acción y en el gobierno del universo", buscando dar la historia del género

humano y manifestar la divinidad de la Religión. También elogia su *Exposición de la doctrina católica* y sus *Advertencias a los Protestantes sobre las cartas de Jurieu*. Con más "fervor y penetrante suavidad", Fénelon es ameno y elegante en sus obras filosóficas y filológicas; persuasivo, "hace amable la piedad a aquellos libertinos que no quieren seguirla". Luego destaca JA a La Bruyère (*Caracteres*), a La Rochefoucauld y al canciller D'Aguesseau. Trae un nuevo estilo ameno, a veces demasiado ingenioso, Fontenelle, el autor de *Historia de la Academia* y *Diálogos sobre la pluralidad de los mundos*, donde la Astronomía se hace comprensible "hasta a las mujeres". A Antoine Houdar de La Motte, siempre agradable y fluido, D'Alembert lo compara con Fénelon: ambos coinciden en agudeza y sencillez, ingenio versátil y tono filosófico, y en querer abarcar demasiados campos. En el Montesquieu de *El espíritu de las leyes* halla, junto a una doctrina sólida, reflexiones frívolas y ligeras; obra útil para filósofos y políticos, no es recomendable como didascalía. Siguiendo a los anteriores, adornan materias arduas como la filosofía o las matemáticas Maupertius, Pluche, Nollet y Condillac, pero JA admira sobre todo a D'Alembert, cuyas exactas y claras consideraciones cosmológicas, hidrostáticas, analíticas, filológicas y filosóficas, ajustadas a la mediocridad didascálica, se leen en toda Europa. De la pluma del persuasivo Rousseau "salen rayos y relámpagos en vez de frases y palabras", pero ama en exceso paradojas, digresiones y declamaciones; le perjudica su continuo tono de superioridad y cansan sus "estrechos y recalcados razonamientos" y el amontonamiento de sus reflexiones. No es, por tanto, buen ejemplo de elocuencia didascálica. JA procede a cotejarlo con Voltaire:

Rousseau, melancólico y bilioso, alegre e indulgente Voltaire; el uno profundo y grave, el otro superficial y ligero; el uno preocupa con la fuerza y energía de las razones; el otro con las gracias y con las burlas; el uno y el otro persuaden lo que quieren, pero Rousseau con el peso del convencimiento, Voltaire con la suavidad del placer. (III, 117)

Voltaire hace perder la paciencia a los que buscan instrucción en sus textos cuando lo ven que abandona

la verdad, la Religión, la honestidad y la justicia por usar un dicho agradable o una brillante expresión, y terminados con una historieta o con un rasgo de epigrama los pensamientos más graves e importantes. El estilo irónico y burlesco, el amor a la sátira y a la befa los puede

entretener por un rato, pero usado con exceso y esparcido por todas partes, hasta en materias que no lo sufren, les causa fastidio y se lamentan de que Voltaire no nos haya dado en libros proporcionados y completos sus reflexiones sobre varias clases de literatura (...) y quieren, en suma, que Voltaire deba ser alabado como un ameno y gentil ingenio, y como un escritor elegante, delicioso y agradable, pero no pueda tomarse por ejemplar de Elocuencia didascálica. (III, 117-118)

Portento de Elocuencia, maravilla de doctos es el Buffon de *Historia Natural*, "el gran pintor del Universo, el digno intérprete de la Naturaleza", que sabe hacer amar y respetar a los animales, hasta a los más innobles, mirados normalmente con desprecio y aires de superioridad. Es el único libro que considera recomendable tanto para filósofos como para naturalistas, escritores, oradores y poetas. Tras él, solo le atraen la *Historia de la Astronomía*, las *Cartas sobre el origen de las Ciencias* y el estudio de la Atlántida del «historiador de los cielos» Bailly, discípulo de Buffon como Montbeliard (*Historia de las aves*) y Lacépède (*De los cetáceos*). (VI, 745) Tanto Buffon como Bailly caen en errores por su "espíritu de sistema", pero cree que Bailly logrará la inmortalidad por poseer

Una inmensa vastedad de imaginación, que de un golpe abraza toda la extensión de los espacios y de los siglos, una maravillosa perspicacia de ingenio, que con una ojeada ve los más secretos enlaces y las más imperceptibles relaciones, una suma destreza para aproximar los más distantes extremos, para combinar los más repugnantes y para traer todas las cosas a su intento. (III, 119-120)

Elogia la *Historia romana / Historia de las revoluciones del Imperio romano* de Linguet, aunque le falta gravedad de juicio. Marmontel no mantuvo siempre un sabio criterio sobre el arte poética en sus artículos de la *Encyclopédie*. Elogia a La Harpe (*Curso de literatura*), Bonald (*Legislación primitiva*) y a los antiilustrados Bergier, teólogo al que se debe buscar en cuestiones religiosas para "mantenernos tranquilos y seguros protegidos en el Sagrario", y al jesuita Agustin Barruel. De Chateaubriand afirma que apunta ingenio y espera que "calmado el ardor de su fantasía y madurando su juicio, elevará cada vez más los vuelos de su Elocuencia vigorosa y varonil, luminosa e ilustradora". (VI, 746-747)

En la elocuencia didascálica inglesa destacan David Hume y el tercer conde de Shaftesbury. Bolingbroke, el Addison de *El Espectador* (1711-1712), Gibbon y Hugh Blair demuestran que después de Francia es Inglaterra la nación que más cultivó lo didascálico.

En Alemania, alaba JA a Haller, Gessner, Lessing, Sulzer, Zimmmermann, el judío Mendelssohn, ardiente defensor de los derechos civiles de los judíos y de su integración en la sociedad civil, Unzer, a los autores de las *Cartas berlinesas*, Herder, Würz, Eschenburg, y sobre todo, a Wieland, Goethe y Böttcher. (VI, 747)

Como receta para el adelanto de la Elocuencia didascálica aconseja JA mezclar la profundidad y precisión inglesas con las gracias, gentileza, rapidez y claridad francesas, permitiendo que los ingenios originales ensayen nuevos caminos. Los discursos académicos deben pertenecer a la Elocuencia didascálica y pueden aún dar sazonados frutos.

DIÁLOGOS

Comienza afirmando JA que el diálogo tuvo suerte por haberse Sócrates aficionado a él y haber sido imitado por los demás filósofos. Según Diógenes Laercio, los escribieron Simón, Critón, Fedón y Aristipo. Panecio cita sólo los de Platón, Esquines, Jenofonte y Antístenes. De Esquines destaca el diálogo *Axíoco y Erixias*, que antepone a los de Jenofonte, tras haber hecho un cotejo entre ambos. (III, 125) Hermógenes compara los *Banquetes* de Jenofonte y Platón, aunque JA no le ve sentido a cotejar un diálogo serio como el de Platón con otro más ameno como el de Jenofonte. Los diálogos de Platón son abordados por JA con entusiasmo y detenimiento. (III, 126-131) Como Homero, Platón dormita a veces y cansa con sus continuas inducciones, como cansaba Sócrates a sus adversarios dialécticos, y con su permanente ironía: "El Arte obstetricia de Sócrates para ayudar a los filósofos a producir los pensamientos, toda es platónica". Platón sabe crear la ilusión dramática y pone ante los ojos de los lectores toda Atenas con sus sofistas, políticos y jóvenes. Matiza y discute luego JA las opiniones sobre Platón de Dionisio de Halicarnaso, el abate Massieu y Grou. Señala que el Sócrates de Platón no es el Sócrates de Esquines ni el de Jenofonte. Recuerda al abate Fraguier que Platón es un poeta que esparce su

fuego poético por sus diálogos, que según Cicerón, eran leídos como poemas. Muchos antiguos compararon a Platón con Homero, al que el filósofo imitó a menudo. Entre los romanos, usan el diálogo Varrón y Cicerón. JA coteja con detenimiento los diálogos de Platón con los de Cicerón. (III, 132-134) Los de Platón son "conversaciones de sofistas o de ociosos escolásticos que procuran entretenerse en disputas filosóficas"; los de Cicerón, "lecciones dadas por maestros graves y respetables a quien desea sólidamente instruirse, o conferencias académicas entre doctos filósofos y oradores elocuentes". (III, 132) Aunque Cicerón intentó en sus *Tusculanas* imitar el estilo socrático, lo abandonó al no verlo adecuado a la gravedad oratoria. Pide JA que no se critiquen los largos razonamientos de los locutores de Cicerón, mejores que los discursos cortados por enojosas interrupciones que ofrece Platón. Cicerón es «el Platón romano».

Aborda luego JA los novedosos diálogos de Luciano (*Timón, Prometeo, Toxanis, Juicio de las vocales, Las imágenes*), que uniendo el tono de la comedia a las cómicas sales enseña más verdades filosóficas que los filósofos dialoguistas anteriores. Comenta luego las imitaciones que Fénelon, Fontenelle o Littleton hicieron de su *Diálogo de los muertos*, elogiando la de Fontenelle. Imitan con gracia a Luciano Erasmo (*Coloquios*), Pedro Mejía (*Coloquios y diálogos*) y Quevedo (*Sueños*). Cree ver anunciado JA el *Micromegas* de Voltaire, «el Luciano francés», sobre la visita a la tierra de un ser de la estrella Sirio, en las *Verdaderas historias* de Luciano. Los autores modernos de diálogos siguen más a Cicerón y a Luciano que a Platón y los socráticos. Los diálogos de Erasmo y Vives, escritos para el aprendizaje del latín, no presentan un latín muy cuidado. Erasmo, para desterrar supersticiones, se burla hasta de lo más sagrado. Pero no es ciceroniano en su latinidad, no cree que se le deba adjudicar el título de «Luciano moderno».

En el siglo XVII los italianos usan la forma del diálogo para presentar los tratados científicos, comentar temas cortesanos, lingüísticos o amorosos. De los autores españoles de diálogos cita a fray Luis de León (*De los nombres de Cristo*), a Pedro de Ribadeneyra y a Pedro Mejía, conocido por sus *Diálogos sobre los médicos*, al gusto de Luciano. Pero más lucianesca halla JA la sátira ingeniosa y moderada del *Diálogo de los dos perros*, coloquio donde se escucha hablar a los perros Cipión y Berganza. De Quevedo, «el Luciano español», destaca las *Cárceles de Plutón / Las*

zahúrdas de Plutón o el *Sueño de las calaveras*, y alaba su agudeza de ingenio, a pesar de no gustarle el conceptismo de sus obras jocosas.

En sus diálogos Galileo trata de Astronomía y de Mecánica. El modelo perfecto de un nuevo género de diálogo lo proporcionará Fontenelle con su gracioso *Diálogo de la pluralidad de mundos*, donde se pone la galantería francesa "en boca de un amable filósofo y de una graciosa dama" y donde cabe aprender Física y Astronomía "sin voces técnicas, figuras geométricas ni demostraciones pesadas". A su ejemplo, escribirán Algarotti sobre Óptica y Zanotti sobre Mecánica. Luego los diálogos dejan de estar de moda.

ELOCUENCIA EPISTOLAR

Lamenta JA la falta de testimonios epistolares de los griegos, que habrían hablado elocuentemente de "su culta sociabilidad y amistad literaria". Muchas de las cartas que se han conservado, atribuidas a Hipócrates, Isócrates, Platón, Demóstenes, Esquines, Diógenes, Aristóteles, Temístocles, Eurípides, Epicuro o Lisias son seguramente falsas, como las discutidas Cartas de Falaris. Los romanos aman las cartas familiares y privadas, y son ejemplares las de Cicerón y sus corresponsales, entre las que sobresalen las de Ático. Se conservan también las cartas de Plinio el Joven, Dionisio de Halicarnaso y el emperador Marco Aurelio. Según Filóstrato, Antípatro, secretario de Severo, escribía cartas a nombre de los emperadores. Otros ejercitaban el estilo escribiendo cartas amatorias o eróticas (Filóstrato), rústicas (Eliano) o piscatorias (Alcifrón): todas le parecen a JA frías y nada naturales, ingeniosas, afectuosas o patéticas. Presenta luego las cartas griegas de los Santos Padres, de "una culta negligencia y elegante simplicidad, y una franca y libre efusión de un corazón sincero". Las escriben san Gregorio Nacianceno, san Juan Crisóstomo, san Isidoro Pelusiota, san Cipriano, Símaco, san Jerónimo, San Agustín, Sidonio Apolinar y Casiodoro, que compuso muchas a nombre de los reyes Teodorico y Alarico. Cartas todas que muestran ignorancia sobre la buena latinidad.

En el siglo XV los doctos gustan de la forma epistolar, aunque su latín sea aún deficiente. El gusto romano llega en el XVII de la mano de Bembo, Sadoletto, Erasmo y Vives; aunque de mejor gusto latino son las de Manuzio y Muret. Las cartas de los

intelectuales como Gelida, Sepúlveda y Perpiñá suelen estar escritas en latín. En el XVII, Justo Lipsio, Escalígero, Casaubon, Salmasio y Grocio reservan el latín para escribir a los amigos extranjeros. El deán Manuel Martí, Lagomarsini y Zanotti escriben cartas de correcta latinidad. Los papas se sirven de la majestad del latín en sus cartas. Escriben cartas pontificias Bembo, Sadoletto y Buonamici, quien publicó *Ilustres escritores de cartas pontificias*.

Sobre las cartas en vulgar escritas por españoles, JA cita las del médico de Juan II de Castilla Hernán Gómez de Ciudad Real, que dejó a inicios del siglo XV un *Centón epistolario* (editado en 1775 por Emilio Llaguno), con cartas de Mena y Carlos, príncipe de Viana. Asegura JA haber leído algunas cartas gentiles y graciosas, sin sospechar esta vez sobre la autenticidad de las mismas. La crítica del siglo XIX las denunciará como falsificaciones de Juan Antonio de Vera, conde de la Roca. Del XVI destaca las ingeniosas cartas de fray Antonio de Guevara, muy reeditadas también fuera de España, aunque no agradarán en el XVIII a lectores de gusto delicado. Las del secretario Antonio Pérez interesan por sus noticias históricas y por quien las escribió. Mayans recogió una colección con elegantes y eruditas cartas de Nicolás Antonio, Antonio Solís y Manuel Martí, entre otros. Repasa luego nuestro autor las epístolas compuestas por los italianos desde el XVI, con las firmas de Bembo, Tasso, Caro, Bonfadio y Verónica Gambara. Del XVII interesan las cartas de viajes de Bentivoglio y las didascálicas o familiares de Sarpi y Galileo. Fabroni reunió las cartas de los toscanos ilustres del XVI como Redi y Magalotti. Cita por fin las de Algarotti, Bianconi y Roberti y anuncia que el napolitano Nicolás Martínez ha prometido dar a luz las cartas de Metastasio, "graciosas y amenas, sensatas y sabias". (VI, 748)

Los franceses parecen nacidos para escribir cartas tan elocuentes como las de Gué de Balzac, Pascal, Boileau, Racine, Fléchier y La Motte. JA presta una detenida atención a las magistrales epístolas que la marquesa de Sevigné dirige a su hija, la condesa de Grignan, llenas de afecto maternal, ternura y sensibilidad: "Una reflexión suya, un epíteto hacen ver más Filosofía en la autora que las continuas máximas y las enfáticas sentencias en los pretendidos filósofos de nuestros días". (III, 158) Las francesas (la Montpensier, la Maintenon, la Villars, la Graffigny, la Pompadour) tienen un especial talento para las cartas. Al comentar las *Cartas persas* de Montesquieu, juzga excesivos los elogios de D'Alembert a semejante

amontonamientos de cosas persas y europeas, donde a menudo es criticada la religión cristiana, aunque su sátira de costumbres es, por lo general, "justa y picante". Tras las *Cartas persas*, Europa se verá inundada de "cartas judaicas, chinas, cabalísticas, americanas"... Le interesan más las agradables cartas de Voltaire, con su acostumbrado estilo burlón y gracioso, y las familiares y confidenciales de Rousseau, con un fuego y una energía adecuados al género utilizado. De las cartas inglesas destaca JA las de Wicherley a Pope y a otros amigos, las de Addison, Arbunoth, Gay, Bolingbroke y en especial las de Swift y Pope, "los dos ingenios más amenos y brillantes de Inglaterra". También le agradan las escritas por Chesterfield para la educación de su hijo. Las damas inglesas, como Mary Montagu, manejan el género epistolar con la misma destreza que las francesas. De las cartas en alemán oyó alabar, por graciosas y delicadas, las de Leonor Deeling. Confronta JA las epístolas de los franceses, más francos y fluidos, más naturales, con las de los ingleses, de más fuerza e ingenio, más reflexivas y filosóficas. Prefiere las francesas, más apropiadas para un trato amigable y confidencial.

ELOGIOS

El elogio de Gorgias a Helena le parece a JA sofístico y pueril. El gran elogista entre los griegos es Pericles (*Evágoras, Panegírico, Panatenaico*). Escriben también elogios Isócrates, Platón, Herodes Ático, Dion Crisóstomo, Aristides, Libanio y Temistio, autores, en general, de "engalanadas y frías declamaciones". Hacen elogios fúnebres Cicerón, Augusto, Séneca y Plinio el Joven (conocido por su panegírico a Trajano) y los emperadores Maximiano, Constancio, Constantino, Juliano y Teodosio; pero de ellos sólo quedan fragmentos recogidos por los historiadores. Si los elogistas dedican su incienso a los príncipes, cree JA peor "el atrevimiento de la sátira". Juzga insufrible el elogio de Eusebio de Cesarea a Constantino con motivo de cumplirse los treinta años de su imperio; no siguen su pésimo gusto los Padres de la Iglesia griegos y romanos, que muestran más "naturalidad y verdad, sencillez, decoro y majestad"; en sus oraciones fúnebres los eclesiásticos se apoyan en la Biblia.

Una vez restablecidas las letras, se renuevan, en latín o en lengua vulgar, los elogios fúnebres de príncipes, guerreros, literatos y mujeres célebres y se publican "galerías, museos y teatros de hombres ilustres" y colecciones de elogios. Por sus oraciones latinas son conocidos el jesuita Perpiñá y Muret, aunque copian a Cicerón en vez de a su corazón. En el siglo XVII las academias francesas se imponen como obligación honrar con un elogio a cada académico muerto. Salvo en la Academia Francesa, suelen ser los secretarios los panegiristas de los fallecidos. En la Academia de las Inscripciones y Bellas Letras es el elogista Le Gros de Boze. El secretario de la Academia de las Ciencias, Fontenelle, superior a los demás secretarios elogistas y académicos, crea un nuevo género de elogio entre 1699 y 1740. Todo científico leerá sus elogios académicos con gusto y provecho. Cuenta anécdotas que estimulan la curiosidad, oculta los defectos del elogiado, hace siempre a los literatos grandes y sublimes, dibuja todas las ciencias como majestuosas invitando a su cultivo. D'Alambert alaba su obra *Historia de la Academia de las Ciencias / Histoire de l'Académie Royale des Sciences*. También escribieron elogios Thomas, Bernoulli, Montesquieu, Terrason, Marsais y Mallet. Como secretario de la Academia Francesa, D'Alambert hace los de Fénelon, Despréaux, Bossuet, Massillon y La Motte, con un exceso de anécdotas y chistes, agudezas y epigramas y "un tono demasiado confidencial y familiar", que le resta majestad; además, cree notar JA en el elogiador cierta envidia hacia los elogiados. No admira JA al tan imitado Antoine Léonard Thomas (*Ensayo sobre los elogios*). Aunque lo considera hombre superior y de fama universal, cree que su ansia de filosofar y su deseo de formar cuadros filosóficos e históricos lo llevan a perderse en inútiles digresiones, gastar el tiempo en preliminares, exageraciones y superfluidades, usar una oscura jerga y acabar olvidándose del elogiado. (III, 174) El elogista al que más admira es Fontenelle, del que aconseja leer sus elogios a Newton y a Leibniz. No le agradan los elogios de La Harpe y Condorcet, Secretario de la Academia de las Ciencias de París; sí los que dedica Vic-d'Azyr a Haller y Linneo. El elogio no debe ser nunca lánguido, débil y declamatorio, pero ¿ha de ser histórico y con anécdotas, filosófico, sencillo, sublime, patético? Algunos, como Voltaire, los juzgan perjudiciales *per se* para la elocuencia, por ser escuela de declamadores. Sin embargo, JA cree que aún pueden cultivarse, siempre que quien lo hace conozca bien al elogiado, sea de su misma profesión, evite las anécdotas y las inútiles lecciones de

Moral, Política, Historia y Filosofía. Hágase el verdadero retrato del héroe (el término es de sabor gracianesco) y refléjese bien su «heroicidad». El estilo debe ser "animado sin énfasis, sublime sin hinchazón y adornado sin puerilidad".

ELOCUENCIA SAGRADA

Tras referirse a la expansión del cristianismo, JA afirma que dejará al margen la Elocuencia de los Apóstoles y la sencilla elocuencia de los Padres apostólicos. Tras el filósofo Justino mártir y a Clemente de Alejandría, la elocuencia sagrada entra en la Iglesia latina de la mano de Tertuliano. Orígenes combate las ideas de Celso, muy crítico con los cristianos. El siglo de oro de la elocuencia cristiana es el siglo IV, en el que destacan Arnobio de Sicca y su discípulo el ciceroniano Firmiano Lactancio, aunque son más filósofos que cristianos. Luego estudia a los Santos Padres griegos y latinos. Entre los latinos destaca JA a san León, Sidonio, Apolinar, Boecio, Casiodoro y san Gregorio Magno; a los hermanos «españoles» Isidoro, Leandro y Fulgencio; con Beda el Venerable muere la antigua elocuencia.

Los siglos medievales son tiempos de Escolástica. Sólo cabe nombrar a Alcuino, Teodulfo, san Pedro Damiano, Ricardo de San Víctor, san Antonio de Padua y san Vicente Ferrer. En el púlpito y en las escuelas se juguetea con agudezas y frívolas chanzas, como las que criticará el cardenal Federico Borromeo. En el siglo XV, los cristianos se adornan ya con la elegancia latina. En el XVI, Lutero explica sus errores con su facundia "dura, áspera e inculta", llena de nervio y fuerza. Melanchton y Calvino adoptan un estilo más terso y dulce. En el Concilio de Trento se oyen discursos católicos al gusto romano. En Lyon o París se escucha a Pedro Juan Perpiñá, moderno Cicerón, en oraciones como "Pro veteri religione retinenda". Son alabados los sermones latinos de fray Luis de Granada y las oraciones morales y panegíricas de Belarmino. Los primeros sermones que pasan a la imprenta son los de fray Jordán de Ribalta. A fines del XV resuenan las invectivas de Savonarola, que emocionan a los oyentes. En el XVI, se oyen los sermones de Mussio, Fiamma, Francisquini y Palmio; en España son admirados los de Juan de Ávila y fray Juan López Salmerón. El cardenal Borromeo cita al predicador Alfonso Lobo, que vivió en Roma 24 años. Italia busca y traduce los sermones españoles de Peralta y fray Luis de

Granada, que leen san Carlos Borromeo y el cardenal Federico Borromeo. En Italia tienen fama Panigrola y los españoles Lobo y Toledo. Los jóvenes imitan el excesivo adorno de Gagliardi, Fiamma o Panigrola. Luego vino la decadencia de la oratoria sagrada. Don Nicolás Antonio realizó un cotejo entre la oratoria italiana y la oratoria barroca española del XVII, tan admirada por los italianos. Paravicino, Jerónimo López y sobre todo el portugués António Vieira son alabados fuera de España. Aunque Fléchier llama "sus bufones" a los predicadores portugueses y españoles, JA no duda de que aprendió muchos de los sermones de estos.

No le gustan, aunque los alabe Voltaire en su *Siglo de Luis XVI*, los padres Lingendes y Sénault. El nuevo modo de predicar se encarna en los sermones morales del jesuita Bortaloue, que inaugura los panegíricos de los santos. Su contemporáneo Bossuet es soberbio en sus majestuosas y patéticas oraciones fúnebres, que tienen al lector en "una continua agitación y una dulce melancolía"; las de Fléchier, por querer ostentar ingenio, son "menos fúnebres". Siguen el estilo de Bortaloue el jesuita Claudio de La Colombière, Cheminai, Mascaron y La Rueda. Llena el fin de siglo Jean-Baptiste Massillon, con su elocuencia "dulce, afectuosa y patética". En "erudito divertimento" se le ha comparó con Bortaloue. D'Alambert prefiere a Massillon. JA no puede dejar de intervenir comparando a ambos, tras lo cual aconseja leer a los dos con veneración. (III, 193-195) Ve claro el triunvirato de la elocuencia sagrada francesa: Bossuet, orador de la imagen; Bourdaloue, de la razón; Massillon, del corazón. Nota la curiosa similitud entre el púlpito y el teatro en naciones como Francia y España. Los franceses traducen los dramas ingleses y elogian los sermones anglicanos. Ninguno de los oradores sagrados franceses es conocido fuera de Francia, aunque demuestran buen gusto las cartas pastorales de los obispos franceses, llenas de paternal confianza y sencillez cristiana.

Se pasma JA de la «anglomanía» de los franceses, que, olvidando a sus oradores sagrados, admiran a los ingleses: los sermones de Blair han sido traducidos al francés en pocos meses en más de una decena de ediciones. Los de John Tillotson, al que admira Voltaire, lo que JA juzga otra de sus extravagancias, le parecen "catecismos o tratadillos espirituales". Tillotson suele atacar a los católicos con acrimonia, por lo que no cree como Blair en su pureza de corazón. Gilberto / Gilbert Burnet, obispo de Salisbury, sí puede ponerse al lado de Tillotson. Más crédito

obtuvo Samuel Clarke, pero sus sermones le parecen "disertaciones o instrucciones de párroco". Swift supo exponer los defectos de los oradores ingleses. Fama fuera de Inglaterra lograron Dorrell (*Ciudadano instruido*) y Blair, cuyos sermones morales, llenos de naturalidad y suavidad, pueden agradar a todas las religiones. Pero tras leerlo, asegura JA, su ánimo se queda "tranquilo y frío". Y es que los ingleses carecen de la "majestad de acción": lánguidos, lentos, según *The Spectator* (núm. 407), no gesticulan y permanecen en el púlpito quietos como troncos, sin mover un dedo. En ellos cualquier rasgo fogoso o vehemente estaría mal visto. Así, pues, no se los puede anteponer a los predicadores franceses.

La Iglesia alemana es más cercana a la inglesa que a la francesa. No comparte JA el entusiasmo de Jerusalem por la sencilla oratoria sagrada de los protestantes alemanes, que juzga superior a la de ingleses y franceses, cuando lee a Bielfeld y al rey Federico de Prusia lamentarse de la falta de elocuencia sagrada en Alemania. No son conocidos fuera de Alemania ni los predicadores protestantes ni los católicos. No son de la escuela patética, parenética y oratoria los países septentrionales, que prefieren, como Inglaterra, la elocuencia ascética y catequística. Piensa JA que no merece llamarse *orador* quien deja frío y tranquilo al auditorio. Menciona nombres de oradores protestantes y católicos y afirma que a Jerusalem, que predica en Brunswick, lo oyen con gusto católicos y protestantes.

Algunos oradores sagrados italianos, como el jesuita Segneri, cuyos sermones traducen y estudian muchas naciones, son cotejables con los de los franceses. Segneri, reformador del púlpito italiano, es erudito, quizás en exceso, noble, elegante y fuerte, pero alguna vez cae en juegos de vocablos, amontona citas, da razones no siempre bien fundadas y abusa de la mitología. Luego obtendrán fama los sermones de Pellegrini y los sermones de corte de Turchi. (VI, 749) Aún son leídos Bassani, Rossi, Tornielo y Granelli, pero no convencen a JA, pues no inflaman el corazón. Prefiere a Venini y a Trento. Venini muestra la severidad propia de "un intérprete de la Divinidad", con majestad de "pregonero divino" y sus imágenes enérgicas y su tono de verdad convencen al más obstinado oyente. Trento, más popular y enérgico, misionero y hombre apostólico, es "más apto para manejar las verdades más terribles de nuestra Religión". Trata temas como el pecador moribundo, el Juicio Universal, el abandono de Dios y "oprime, sujeta, persigue y no deja refugio al lector; y, en una

llaneza popular, tiende a más imperiosa sublimidad". Como en todos los italianos, halla JA en Trento imaginación y fantasía. Los italianos no tienen cartas pastorales como los franceses, salvo algunas del obispo Turchi (VI, 749), pero se distinguen en el género de las "lecciones sagradas": "una docta, pero fácil y popular exposición de los libros de la Escritura", que cultivan Zucconini, Calini, Niccolai, Granelli, Turchi y Pellegrini.

Si en España los predicadores fueron admirados por sus "jerigonzas declamatorias", en el siglo XVIII casi ninguno es ya conocido, y siguen apegados a los modos barrocos del siglo anterior. Se salvan de ese anonimato general: José Barcia y Zambrana, Pedro de Calatayud, que merecería mejor suerte que ser visto solo como un "celoso misionero", Gallo, Maurin y Rada. Tras el *Fray Gerundio de Campazas* del padre Isla, que ridiculizó a los malos predicadores, los sermonarios posteriores muestran un marcado avance del buen gusto. El obispo Bocanegra, que publicó sus sermones recitados en Baeza y Guadix, carece de "malicia oratoria". Leyó JA algo bueno del padre Arabaca / Juan de Aravaca, presbítero de la Congregación del Salvador, neoclásico y amigo de Luzán. A diferencia de otros países, España tuvo muchos obispos predicadores, desconocidos en el extranjero: Bocanegra, Climent y Bertram; también escriben buenas cartas pastorales sus obispos: Bocanegra, el inquisidor Jaramillo y Climent i Avinent, obispo de Barcelona.

El sermón ideal debe unir la imagen de Bossuet, la lógica de Bortaloue, la sensibilidad de Massillon y la imaginación de los italianos, con una dialéctica a la vez "patética y sensible". Los predicadores deben poseer plenamente la materia que tratan y a la vez estar poseídos por ella. Pero lo usual es que esto no suceda, con el subsiguiente enfado del auditorio docto, que desprecia los discursos vanos, aunque los aprecien las mujeres y la mayor parte del auditorio. Si se pierde el respeto al orador, se pierde el respeto a la divina palabra. Remite JA a Fénelon, al tomo I de su *Diálogo sobre la Elocuencia*. El orador debe conocer bien las Escrituras y a los Santos Padres, saber filosofía y entender el corazón humano. Convencido de lo que dice, el orador irá directamente "tras el nervio y la sustancia de las cosas". Voltaire, en el artículo "Elocuencia" de la *Encyclopédie*, recuerda que el orador vivamente conmovido transmite mejor a los demás su entusiasmo. Hay que arder primero para poder hacer arder los corazones: "Si vis me flere, dolendum est primum ipsi tibi".

Quizás solo Bossuet en sus oraciones fúnebres haya sentido esta viva conmoción. En algunos sermones de Trento encuentra también JA esa interna persuasión. Como seguidor de la *compositio loci*, la *composición de lugar* de los *Ejercicios Espirituales* de San Ignacio, JA recomienda al orador sagrado disciplinar y sistematizar la imaginación mientras medita su sermón. Antes de hablar de la muerte, el Infierno, el pecado, la caridad fraterna o cualquier virtud, debe verse poseído por su imagen, sentir el amor a la virtud y el horror al vicio. Ha de llenar mente, corazón, imaginación y alma "de la profunda meditación, de la íntima persuasión, del vivo sentimiento, del ardiente afecto y de los santos movimientos que inspira la Religión". (III, 213) Los predicadores necesitan una buena voz y autoridad, pues son "legados del mismo Dios y pregoneros de la Divina Palabra, y la santidad del Ministro exige integridad de vida". (III, 214) Como trabajo literario, exige también honestidad y sentimientos piadosos. Pero no basta con ser "bueno, honesto, religioso y cristiano"; el arte ha de auxiliar con la fantasía y la imaginación; a veces la imagen, expresada con energía y propiedad, puede suplir la falta de sentimiento, porque la imaginación hará sensibles los objetos más espirituales y abstractos. Fénelon recomienda no memorizar los sermones, sino adaptarse al momento y al auditorio, que sugerirán movimientos vivos y una oración persuasiva que pueda conmocionar; pide también una oración "más ascética y catequística", basada siempre en las Escrituras. Por su parte, JA sugiere que también cabe tomar una verdad o una máxima evangélicas y probarlas con pasajes de la Biblia y los Santos Padres. Faltan todavía, a su juicio, un catecismo perfecto y un buen curso de Religión expuesto con elocuencia instructiva y patética. Podría ser un modelo la *Exposición de la doctrina católica* de Bossuet, aunque con más doctrina, porque el obispo francés se limitó a los puntos discutidos con los protestantes, con claridad para instruir al pueblo y con una elocuencia tierna que haga amable la doctrina enseñada. Echa de menos JA más elocuencia en las cartas pastorales de los obispos, pide un modo serio, patético y majestuoso, amoroso y paternal de hablar, que arrebate y sujete a los oyentes, los convenza, persuada y conmueva con el peso de "su autorizada dignidad". Pero no existen modelos de sermones ni de homilias episcopales. Consciente de que se alarga, JA confiesa que podría seguir escribiendo durante mucho tiempo sobre la necesaria reforma de la oratoria sagrada.

UNA PELIGROSA SECTA

Se pregunta JA si aún cabe seguir cultivando y mejorando la elocuencia. La respuesta es positiva: el crecimiento de las ciencias y los conocimientos puede animar el discurso, aunque ha de respetarse la austeridad de las materias científicas, pues un excesivo fuego oratorio puede parecer pueril afectación. Echa de menos un curso teológico que reúna lo mejor de Bossuet y Fénelon, y una completa filosofía con la claridad de D'Alembert y el estilo de un Buffon y un Bailly. Cada nación dará un tipo de elocuencia forense. El orador en el púlpito deberá no olvidar nunca el tipo de público al que se dirige. Para las reuniones solemnes de los doctos deben perfeccionarse las disertaciones académicas, a las que pertenecen los elogios, de los que son modelo los de Fontenelle. Con aire dolido, a ratos indignado, precisa JA los defectos de la elocuencia de su siglo. Soberbios filósofos, pretendidos genios, presumidos ingenios amenos que solo dicen trivialidades, esgrimen una "arrogante libertad" y suelen errar a menudo,

y huecos y orgullosos porque tienen algunas atrevidas imágenes metáforas, algunas alusiones sobrado remotas, algunas relaciones menos obvias, algunas frívolas antítesis, algunas sales de epigramas y pueriles, algunas enfáticas y huecas expresiones; por el deseo de una filosófica brevedad, cargan de ideas accesorias la idea principal, amontonan violentos sentimientos, truncan las cláusulas y restringen los períodos; porque, en suma, son rudos, pesados, oscuros, se creen originales y maestros de una filosófica y nueva Elocuencia. (III, 221-222)

El buen gusto debe temer no a la Religión, sino a la nueva secta que amalgama filosofía e ingenio (*esprit*). Nacida en Francia, ya es internacional. Los pedantes pueden arruinar toda elocuencia abusando de los neologismos y los préstamos de lenguas extranjeras, tachando a los modelos antiguos de rancios y huecos, no leyendo a griegos y romanos, prefiriendo a Thomas, Diderot y La Harpe y desdeñando a Bossuet y a Fénelon, aplicando el método geométrico a temas que no lo piden, o un "estilo silogístico", o desordenando los pensamientos y abundando en divisiones y subdivisiones. Más les valdría a estos seguir los "bien probados ejemplares de la Antigüedad" y a los modernos que los imitan.

Historia

Tras unos datos obtenidos de los misioneros, los orientalistas y la Academia de las Inscripciones y Buenas Letras de París sobre la Historia en los pueblos egipcio, asirio, caldeo, fenicio, persa, indio y judío, JA centra su atención, en gesto inusual en su tiempo, en la China: habla de sus míticos reyes astrónomos y de Confucio y destaca la concienzuda manera de trabajar de sus historiadores, aunque los cree poco interesantes. Modelos de historiadores griegos son Heródoto (*Historia*) y los soldados Tucídides (*Historia de la Guerra del Peloponeso*) y Jenofonte (*Anábasis, Helénicas, Ciropedia*). No aprecia JA a los historiadores de Alejandro Magno, por juzgarlos meros aduladores. La *Historia* de Polibio, perdida en parte, será seguida por historiadores romanos como Tito Livio. Tras citar a historiadores de la talla del siciliano Diodoro Sículo, Dionisio de Halicarnaso (*Antigüedades romanas*) y Josefo Hebreo / Flavio Josefo (*Historia de la guerra judaica, Antigüedades judaicas*), incluye entre ellos al Plutarco de *Vidas de varones ilustres en la Historia / Vidas paralelas*, pues con su obra "ha acarreado mayores ventajas a la Moral y a la Historia que la mayor parte de los voluminosos y decantados historiadores y filósofos". (III, 254) Menciona también a Dion Casio, a Diógenes Laercio (*Vidas y opiniones de los filósofos ilustres*), a Herodiano (*Historia de los emperadores*) y a Zósimo. Tras defender la credibilidad de los historiadores citados y destacar entre todos a Tucídides, reconoce que no encuentra a ninguno digno de ser incluido en su exigente canon.

Puesto que los historiadores romanos estudiaron a los historiadores griegos, es entre ellos donde hay que buscar el modelo perfecto de historiador. Comenta JA con admiración *La guerra de las Galias* de César, suave y dulce como Jenofonte, pero superior a él en elocuencia histórica y en la ciencia política y militar, y *Las vidas de los excelentes capitanes / De illustribus viris* de Cornelio Nepote. Luego compara a Salustio (*Conjuración de Catilina, La guerra de Yugurta*) con Tucídides, cotejo que ya hizo Quintiliano. (III, 262-263) Los romanos aman la Historia: sus élites la escriben (Augusto, Varrón, Ático, Cicerón y Polión), diarios y gacetas recorren el Imperio contando lo sucedido en la ciudad de Roma. Confiesa JA su debilidad por el "príncipe de los historiadores", Tito Livio (*Historia de Roma desde su fundación /*

Décadas), en quien todo es poético, "singular y maravilloso" y a menudo se acerca a la grandeza de un Eurípides o de un Corneille. Recuerda JA que estando en la corte de Viena supo del hallazgo en Fez de unas *Décadas* de Livio en árabe; pensó adquirirlas la Biblioteca Imperial de Viena, pero al fin se desechó la idea. Sugiere, entonces, que haga la compra Carlos III para aumentar así "las inmensas riquezas arábicas que se conservan en El Escorial". (III, 268-269) Luego se detiene en Cornelio Tácito (*Libros de anales desde la muerte del divino Augusto, Historias*), poseedor de unos "ojos filosóficos" que lo penetran todo. Aunque no lo cree superior a César, Salustio o Livio, por faltarle patetismo y emotividad, sí puede ser "historiador de los filósofos y maestro de los políticos". Tácito tuvo libertad para escribir las historias antes silenciadas, algo solo posible después de Trajano: "*rara temporum felicitate, ubi sentire quae velis, et quae sentias, dicere licet*". (III, 272) Bajo los emperadores, la Historia suele convertirse en mera adulación. Lamenta JA que emperadores de la talla de Trajano, Adriano o Marco Aurelio no tuvieran su historiador. Tampoco hubo quien historiase la decadencia del gran Imperio romano y la invasión de «los bárbaros del Norte».

Interesado por la historia medieval, JA invita a imitar a Pococke, Hottinger y Reiske, que tradujeron a algunos historiadores árabes, persas y musulmanes, aunque estos tengan poco que aportar al arte de historiar. Las historias arábicas custodiadas en la Biblioteca del Escorial y en otras bibliotecas de Europa podrán arrojar datos sobre lo silenciado por las historias europeas y cristianas. Recomienda JA a los historiadores Ibn Batril / Euticio (*Anales*), Elmacín, Abul Farax y Abul Fedá. El benedictino Berteraud prepara un trabajo sobre las Cruzadas basándose en fuentes árabes. Gregorio Mayans y Miguel Casiri obtuvieron datos novedosos gracias a Abul Fedá y a los andalusíes Rasis e Ibn al-Jatib. Los historiadores árabes permitirán saber más sobre España, Sicilia, Calabria o Malta, y Alassakeri o Algazel mostrarán que descubrimientos e inventos supuestamente europeos tienen una mayor antigüedad.

De la Historia europea medieval, en latín o en vulgar, merecen la mención de JA Joinville, Villehardouin, Froissard y Commines, el arzobispo Rodrigo Jiménez de Rada, Alfonso X, impulsor de la *Historia general de España*, Petrarca, Paulo Jovio, Aretino y Poggio, ninguno de los cuales sufre el cotejo con los historiadores antiguos.

Abundan los historiadores en la Europa del siglo XVI. De los italianos destaca JA a Maquiavelo (*Historia florentina*), Guicciardini, Bembo y Paruta, aunque concede

más crédito a Foglietta (*Historias de Génova*), Bonfadio y Maffei (*Historia de las cosas indias; Vida de San Ignacio*). De los historiadores del XVI cita al Padre Estrada por su *Historia de las guerras de Flandes / De Bello Belgico decades duae ab excessu Caroli* (prefiere la narración de dichas guerras del cardenal Bentivoglio), a Davila (*Historias de las guerras civiles de Francia*) y al veneciano fray Paolo Sarpi. Cree que los historiadores españoles son superiores a los italianos: Fernando del Pulgar, Hurtado de Mendoza, «Salustio de la Historia española» con su *Historia de la guerra de Granada*, y Jerónimo Zurita, Florián de Ocampo y Ambrosio de Morales, todos "clásicos y magistrales", que lograron fama internacional. Para los interesados en los cronistas del descubrimiento de América Bernal Díaz del Castillo o López de Gómara remite a la *Historia de América* del calvinista escocés William Robertson. El Imperio de Carlos V es historiado, en latín o en castellano, por Sandoval, Luis de Ávila, Zúñiga, Ulloa y Mejía. Tras dejar a un lado a Nebrija, de latín todavía "rústico y algo inculto", JA elogia los comentarios latinos de Juan Calvete de Estrella, Osorio, Ginés de Sepúlveda y Juan de Mariana, cuya *Historia latina* juzga superior a otras modernas de más limada latinidad. Destaca también a Bartolomé Leonardo de Argensola (*Historia de la conquista de las Molucas*), a Francisco de Moncada, tercer Marqués de Aitona (*La expedición de los catalanes y aragoneses contra los turcos y griegos*) y a Carlos Coloma (*La Guerra de los Estados Bajos*). De mayor fama disfrutaban *Corona Gótica castellana*, con la que Saavedra Fajardo distrajo sus ocios durante el largo congreso de Munster, y la *Historia de la conquista de México* de Antonio de Solís, obra que enamora incluso en sus defectos. Lamenta que el valenciano Juan Bautista Muñoz, muerto tempranamente, no llegase a completar su *Historia del Nuevo Mundo*.

Halla tendenciosa la historia en latín del protestante Tuano / Jacques Auguste de Thou (*Historia mei temporis*) y cita los *Anales latinos de la Reina Isabel* de Camdeno y los *Anales e Historia de los Países Bajos* de Grocio. Al estudiar a los historiadores del reinado de Luis XIV, señala que las historias de Antoine Varillas (*Historia de Francia*) son más amenas que verdaderas, y dice no compartir los elogios que prodiga Voltaire a Macerai, al padre Daniel y al antiaustracista y "romancesco" César Vichard de Saint-Réal (*De la conjuración de Venecia / Conjuraton des Espagnols contre la Republique de Venise en 1618*, obra que juzga un pastiche literario al estilo de Salustio). Sin embargo, admite que bajo el Rey Sol Francia produjo una «revolución» en el

modo de escribir la Historia y que el gusto francés se impuso en Europa. Todas las naciones europeas utilizaron con provecho los diccionarios de Louis Moréri (*Gran diccionario histórico*) y de Pierre Bayle (*Diccionario histórico y crítico*), que acercaron las ciencias a todos. Niega que las gacetas tengan su origen en 1631, con Teofrasto Renaudot, pues ya existían a inicios del XVII en Flandes, Madrid y Roma. Circulan por toda Europa los diarios literarios, tan útiles para la Historia Literaria, nacidos de la mano del consejero del Parlamento de París Denis de Sallo y del abate Gallois: *Diario de los sabios*, *Acta de los eruditos de Leipzig*, *Biblioteca selecta*, *Historia de las obras de los sabios*, las jesuíticas *Memorias de Trévoux*, *Diario de los literatos de Italia*, *Diario enciclopédico o universal*, *Espíritu de los mejores diarios literarios que se publican en Europa*, *Bibliotheca orientalis...*

Los historiadores del siglo XVIII, como el jesuita Guillaume Bougeant (*Del tratado de Westfalia*), Charles Rollin (*Historia Antigua, Historia romana*), Charles Le Beau (*Historia del Bajo Imperio*), Vely, Villaret y Garnier, el más profundo de ellos, logran superar la mera historia de guerras y conquistas al abordar todos los aspectos de la íntima vida nacional. Entre los historiadores franceses, destaca JA a Voltaire, por haber aportado una nueva Historia Universal de la cultura humana, contada desde el punto de vista de la ascendente burguesía, en su *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones*, que trata todos los aspectos que pueden interesar a un historiador: jurisprudencia, finanzas, agricultura, vida civil, vida moral; y hasta la literatura encuentra sitio en ella por primera vez. Sin embargo, se indigna porque tan amenas historias suelen ser falsas y, además, Voltaire abusa de la ironía y la burla, carece del estilo grave y majestuoso que exige la dignidad de la Historia y suele dar lecciones de incredulidad e irreligión. No le gustan tampoco su *Historia de Carlos XII Rey de Suecia* y su *Historia del imperio ruso bajo Pedro el Grande*. Cree desmedida la fama de Raynal por su *Historia filosófica y política de los establecimientos y comercio de los europeos en las dos Indias*, aunque reconoce que "instruye y deleita, sorprende y arrebat". Mejor le parece el *Curso de los estudios* de Condillac. Tras mencionar las obras de otros historiadores franceses (Pavon, Guignes, Lévesque, Clerc, Anquetil-Duperron, etc.), destaca la *Historia literaria de Francia* de Rivet y Clemencet, benedictinos de San Mauro, que será imitada por las historias literarias de las demás naciones.

Le interesan vivamente a JA las Historias sobre las artes y las ciencias de Le Clerc (*Historia de la Medicina*), Terrason (*Historia de la Jurisprudencia*), Monclau (*Historia de las Matemáticas*), Bailly (*Historia de la Astronomía*), Portal (*Historia de la Medicina*) y Perhyle (*Historia de la cirugía*). Le parecen también imprescindibles la *Bibliotheca Graeca* (1705-1728) de Fabricius, la *Historia de la Filosofía antigua y moderna* de Brucker, las bibliotecas eruditas de Albrecht von Haller, la *Historia de las Ciencias de Grecia* de Meisners y los cientos de volúmenes de la *Historia general de las artes y las ciencias desde el Renacimiento hasta fines del siglo XVII* de los profesores de la universidad de Gotinga.

De los historiadores ingleses alaba la *Historia de Enrique VII* del filósofo escocés Hume y *La verdadera narración histórica de la rebelión y de las guerras civiles en Inglaterra* de Hyde, Conde de Clarendon. Y se muestra sorprendido ante los volúmenes (se publicarán 65) de la *Historia Universal* confeccionada por los historiadores ingleses / *A Universal history, from the earliest account of time Compiled from original authors; and illustrated with maps, cuts, notes, &c. With a general index to the whole* (1747-1768), hercúleo trabajo que reúne todas las naciones y todas las edades, "todas las Historias del mundo todo". Entre los excelentes historiadores escoceses, JA respeta sobre todo a Robertson (*Historia de Escocia*), al que juzga «un genio superior», a pesar de que en su *Historia del emperador Carlos V* se decante a favor de Francisco I y de los protestantes. De la célebre introducción sobre el Medioevo que puso a esta obra, *Cuadro de los progresos de la sociedad en Europa desde la caída del Imperio romano hasta los principios del siglo XVI*, afirma que le parece demasiado larga para introducción y demasiado corta para historia. Watson escribe una *Historia de Felipe II*, aunque reducida casi a las guerras de Flandes. Roberto Henry y la señora Babington Macaulay escriben sendas historias de Inglaterra. Estudian la historia de Roma Ferguson (*Historia de los progresos y del fin de la República romana*) y Edward Gibbon (*De la decadencia y ruina del Imperio romano*), quien por sus ataques a la religión se ganó los aplausos de los libertinos y la repulsa de los religiosos, todo lo cual le dio fama universal. Elogia JA la dignidad de los historiadores ingleses, su libertad de decir lo que piensan, su costumbre de tratar de política y su atento estudio de griegos y romanos. Escriben Historia literaria Thomas Warton (*Historia de la Poesía inglesa*) y Charles Burney (*Estado presente de la música en Francia e Italia*).

Aprueba JA a los historiadores italianos. Alaba los eruditos *Anales de Italia* del jesuita Muratori, así como sus trabajos sobre el Medioevo (*De las antigüedades italianas*). En adición posterior hará mención de: Giannone, ilustre jurista, Napolitano (Historia crítica de los teatros antiguos y modernos), Galluzzi (*Historia del Gran Ducado de Toscana bajo el gobierno de la Casa Medici*), el conde Savioli (*Anales Boloñeses*), el historiador milanés Denina (*Sobre las Revoluciones de Italia, De las vicisitudes de la literatura*), el jesuita Ferrari (*Historia de la Hungría y de las acciones del famoso Príncipe Eugenio*), Bonamici (*Comentarios de la guerra de Veletri del año 1744, La guerra de Italia*), Maffei (*Verona ilustrada*), Bettinelli (*Restablecimiento sobre la gloriosa época de la Historia italiana / Risorgimento d'Italia degli studi, nelle arti e nei costumi dopo il mille*), Crescimbeni (*La historia de la poesía vulgar*), Saverio Quadrio (*Historia y razón de toda poesía*), Martini (*Historia de la Música*), Fasolato (*Fastos / Fasti Gymnasii Patavini Jacobi Facciolati*); fray Paolo Sarpi (*Historia del Concilio de Trento*), Foscarini (*Literatura veneciana*), el abate Mehus (*Historia literaria de Florencia, Vida de Ambrosio Camandulense*), Mazzuchelli, autor de *Los escritores de Italia*, vasta obra aprovechada por Tiraboschi, «el Tito Livio de la historia literaria italiana», para la redacción de su monumental *Historia de la literatura italiana*, Fabroni (*Vida de los italianos excelentes por doctrina en el siglo XVIII*). (VI, 753)

De los numerosos historiadores españoles merecen la atención de JA: el mercedario José Manuel Miñana (*De bello rustico valentino*), Juan Ferreras y García (*Synopsis histórica cronológica de España*), el jesuita Andrés Marcos Burriel (*Noticia de California*), Ignacio López de Ayala, que con su *Historia de Gibraltar* muestra cómo las historias arábicas pueden iluminar las europeas, Vicente Jimeno (*Escritores del reino de Valencia*), Juan Sempere y Guarinos (*Ensayo de una biblioteca española de los mejores escritores del reinado de Carlos III*), Juan Antonio Pellicer y Saforcada (*Biblioteca de traductores españoles*); el benedictino Fray Martín Sarmiento, editor del *Teatro Crítico Universal* del padre Feijoo (*Memorias para la historia de la poesía y poetas españoles*), Luis Joseph Velázquez (*Orígenes de la poesía castellana*), los hermanos Mohedano, cuya ambiciosa *Historia literaria de España* teme quede inacabada (en efecto, sus nueve tomos no pasarán de la literatura hispano-romana). Por hallarlo acorde con su ideal de Historia total, de Historia de la civilización, elogia JA al militar, filósofo, historiador, economista y político barcelonés Antonio de Capmany por los

volúmenes de sus *Memorias históricas sobre la marina, comercio, y artes de la antigua ciudad de Barcelona*.

Tras unas notas, que sabe insuficientes, sobre las historiografías alemana, rusa y sueca, ofrece unas consideraciones sobre las tareas pendientes en Historia y las cualidades del historiador ideal. Los historiadores modernos como Hume, Robertson y Raynal muestran más sagacidad crítica que los antiguos y les son superiores en historia literaria; carecen de antecedentes la *Historia de las Matemáticas* de Montucla o la *Historia de la literatura italiana* de Tiraboschi. JA se autocita al escribir:

Una obra que describa históricamente los progresos, la decadencia y las varias vicisitudes de la literatura de cualquier nación, una obra que presente el origen y los progresos de alguna ciencia no ha sido conocida hasta nuestros días. (III, 318-319)

Después del siglo XVII, escasean los buenos historiadores, más raros que los buenos poetas según Fénelon, por necesitar "crítica, juicio, lectura, erudición, estudio y fatiga". Es preciso dejar atrás definitivamente la historia político-militar, para incluir en ella los aspectos religiosos, morales, literarios y judiciales, las costumbres, la cultura y los estudios; evitar intromisiones que rompan la necesaria "ilusión" narrativa; enseñar Política y Moral sin politiquear ni moralizar; ser sobrio en sentencias, erudición, Filosofía, Política y Elocuencia; hablar "con el tono sencillo y grave, y con la seria y majestuosa dignidad que corresponde a la maestra de la vida, a la que juzga a los príncipes y a la pregonera de la verdad" (III, 321); evitar formar castillos en el aire con la imaginación o amontonando reflexiones filosóficas, y buscar la mejor documentación para merecer crédito y autoridad. Aún faltan unas buenas historias de Grecia y Roma (son insuficientes las *Consideraciones sobre la grandeza y decadencia de los romanos* de Montesquieu). También es tarea pendiente hacer atractivo el Medioevo sirviéndose de la Anticuaria y la Diplomática. Hay que enriquecer las historias de las dos Indias de Raynal y Robertson. La guerra de Sucesión española, sugiere JA, podría dar digna materia a un historiador.

GEOGRAFÍA

Como fuentes para estudiar la Geografía en la Antigüedad, JA utiliza a Plinio el Viejo (*Historia Natural*), Diógenes Laercio, Estrabón, Cicerón y Ateneo, los tomos de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras de París y los trabajos de Fabricius, Hottinger, Casiri, Fréret, Vossio, J. Hudson, Delisle y D'Anville. Comparte la idea que expresa el padre Flórez en su *España sagrada* de que Geografía y Cronología son los dos ojos de la Historia. Los griegos acaso conocieron la esfera, los relojes de sol y la figura y magnitud de la Tierra. Asigna JA las primeras observaciones geográficas a los milesios: Anaximandro, posible inventor del gnomón, realizó los primeros mapas terrestres y quizás midió la Tierra por primera vez; Hecateo, al que se atribuye el primer escrito geográfico: *Viajes alrededor de la Tierra*, en dos libros organizados como periplos (navigaciones costeras con escalas), uno sobre el Mediterráneo y otro sobre Asia. Griegos y persas aman las cartas geográficas sobre remotas regiones. Existen noticias sobre las osadas navegaciones de los cartagineses Himilcón y Hannon; las de los marselleses, guiados por el astrónomo y geógrafo Piteas y por Eutímenes; las de Escílax de Caria, y las de Eudoxio de Cícico, de quien se dijo que llegó a la India y a circunnavegar África. Los filósofos trazan mapas tras escuchar las relaciones de los audaces navegantes. Cicerón y sus amigos aprecian las cartas geográficas del discípulo de Aristóteles Dicearco de Mesina, que, según Plinio el Viejo, midió la altura de las principales montañas de Grecia, lo que facilitó las campañas de Alejandro Magno, gracias a las cuales la Geografía dará un salto, al descubrirse regiones de Asia y Europa antes desconocidas. Según Diógenes Laercio, el geógrafo Arquelao describió las tierras conquistadas por Alejandro.

El matemático, astrónomo y geógrafo alejandrino Eratóstenes de Cirene es el primero en usar la palabra *geografía* y en medir, con bastante aproximación, la magnitud de la Tierra. Tras numerosos viajes, Artemidoro de Éfeso cartografía el Mediterráneo. El astrónomo Hiparco cataloga estrellas antes de que lo haga Ptolomeo en su *Composición Matemática* o *Almagesto*; y usa ya, según Montucla, longitudes y latitudes para fijar la posición de los lugares de la superficie terrestre. También mide la Tierra el astrónomo sirio Posidonio de Apamea, estoico y maestro de Estrabón y de Ptolomeo. Durante la Edad Media los geógrafos se dividirán entre

los que siguen su medida y los que siguen la de Eratóstenes. J. Hudson recogió 26 obritas de geógrafos griegos y bizantinos en su antología *Geographi Graeci Minores* (1698-1712), "menores" frente a Estrabón, Pausanias, Ptolomeo y Esteban de Bizancio. Los griegos prodigan los viajes marítimos a lejanas tierras y se enteran de que los grandes mares ya fueron surcados por gaditanos, egipcios e indios.

Durante el Imperio romano, las expediciones militares permiten hallar regiones ignoradas por los griegos. Los ejércitos cuentan con itinerarios fiables de todas las provincias dominadas y con cartas geográficas, que pintan en telas, tablas y paredes. Varrón escribe cinco libros de geografía. Hacen cartas geográficas Cluvio y Vestorio. Tras viajar por Asia, Egipto, Grecia, Italia y numerosas islas estudiando hombres, costumbres y religiones, Estrabón dejará "el más apreciable libro de la Antigüedad": su *Geografía*. A pesar de sus defectos, Estrabón es para JA «el Homero, el Platón, el Demóstenes, el Arquímedes, el príncipe y maestro de la antigua Geografía». Dionisio Periegeta ("el de la descripción") escribe una *Periégesis*; Isidoro Caraceno, el opúsculo *Tránsitos de los partos*. Tolomeo elogia a Marino Tirio como el primer geógrafo "científico". Pomponio Mela describe diversos viajes por las costas. Plinio el Viejo, en su enciclopédica *Historia Natural* da noticias sobre el Mediterráneo, África, Oriente Medio, Turquía y Asia. El Itinerario Antonino no es mera lista de nombres, ciudades y distancias, sino una útil guía sobre las rutas romanas.

El último gran representante de la astronomía griega, Claudio Tolomeo, es el maestro de la Geografía matemática exacta con su *Geografía*, utilísima para construir cartas geográficas. Durante siglos será venerado como "dueño del Cielo y de la Tierra". Pausanias crea un turístico periplo para estudiar las Nobles Artes y las rarezas naturales griegas: *Descripción de Grecia*. El gramático griego Stéfano da un diccionario geográfico y el lexicógrafo Esteban de Bizancio, un índice geográfico-étnico-filológico: *Ethnika*.

Para los romanos, la Geografía es vía para entender mejor la Historia, la Economía y la Milicia. Las escuelas exhiben en pinturas y mármoles, para los jóvenes, ciudades, provincias, tierras y mares conquistados a otros pueblos. Entre los pocos restos conservados, interesa a JA la *Tabla itineraria peutingeriana*, una guía para los viajeros de las vías imperiales, que tras pasar por muchas manos acabó en la Biblioteca Cesárea de Viena. La tabla le sirve para pedir a los filósofos modernos que

se abstengan de despreciar con ligereza las obras de la Antigüedad. Algunos matemáticos y geógrafos la creyeron obra de un soldado ignorante, pero Edmund Brutz mostró que el escorzo permitía ver, desde el punto adecuado, los objetos en su natural proporción, y luego el hidrógrafo de la Marina francesa Philippe Buache descubrió que estaba hecha a dos escalas: la de las longitudes, más extensa, por ser un itinerario para las tropas, y más pequeña la de las latitudes. Resume luego JA los debates sobre "los antípodas" y sobre la habitabilidad de la zona tórrida y las dos zonas frías.

De los poco conocidos geógrafos medievales, menciona al gramático griego Hierodes (*Noticia de las provincias del Imperio Oriental*), a Gelenio (*Noticia de los dos Imperios, tanto de Oriente como de Occidente*), a León Alacio / Leo Allatius, a Carlos de San Pablo, al monje Cosme Indopleustes (*Topografía cristiana*), quizás el mejor geógrafo de su tiempo, al «geógrafo de Rávena» (*Geografía / Ravennatis Anonymi Cosmographia*) y al monje irlandés Dicuil o Dicuilus, autor del manuscrito *De mensura provincianorum orbis terrae*, única fuente de información sobre las encuestas para una *Mensuratio orbis* llevada a cabo por orden de Teodosio II. Y deplora la pérdida de tantas noticias geográficas debidas a la desidia y las guerras de los hombres.

Ignora JA si J. Hudson, "un apasionado de los árabes", hará una antología de los numerosos geógrafos árabes, nombrados con respeto por los orientalistas Herbelot y Hottinger, y por Casiri en los dos tomos de su espléndida *Bibliotheca Arabico-Hispana Escorialensis*. Los árabes, grandes astrónomos, explicaron a menudo a Tolomeo. Bajo el califa Al Mamun, tres astrónomos, hijos de Muza, llevan a cabo la medición de la Tierra mejor que los griegos. Casiri alaba la *Geografía* de Alcazuino, viajero por Asia y África. El famoso cartógrafo Al-Idrisi poseyó un precioso globo terráqueo de plata de 400 libras de peso construido por orden de Roger II de Sicilia. Le extraña a JA que Hudson crea "raridades" las cartas geográficas que halló en un códice de la *Geografía Nubiense*, compendio de la geografía de Al-Idrisi, cuando en la Biblioteca de El Escorial y en otras europeas tales supuestas "raridades" son de lo más normal. Y para demostrarlo, procede a citar varios Atlas y cartas geográficas de autores árabes. Como los romanos, los árabes son aficionados a formar mosaicos y tablas topográficas. No se diga en adelante que no quisieron recibir la Geografía de manos griegas. El geógrafo, astrónomo y naturalista Al-Biruni, "el Estrabón y el

Tolomeo de los árabes", viajó por muchos países para realizar su magistral *Canoun-al Massouidi*, fijando siempre longitudes y latitudes, algo en lo que lo imitará Abul-Feda, «príncipe de los cosmógrafos» según Postel. Hudson recoge en su antología de geógrafos menores tablas geográficas del matemático y astrónomo persa Nassir Eddin y del famoso astrónomo tártaro Ulugh Beg, que pueden ayudar a ampliar y a corregir la Geografía europea sobre las regiones orientales en especial.

De los trabajos geográficos del pueblo judío, JA recuerda el largo viaje de Benjamín de Tudela, que, a pesar de sus muchas mentiras, fue muy reeditado. El orientalista Thomas Hyde tradujo los viajes del rabino Abraham Peritsol, y Munster, *La esfera del mundo* de Chija. Lo demás: algunos libros de cosmografía poco dignos de ser conocidos.

Como sabe que los europeos ignoran casi todo sobre la Geografía medieval, JA pasa detenida revista a cartas geográficas y *de marear*, mapas universales y cosmografías de los códices de los siglos XII, XIII y XIV custodiados en la Biblioteca Vaticana, en la Real Biblioteca de Parma y en la Biblioteca de San Marcos de Venecia. La Geografía del siglo XIV está en deuda con comerciantes, misioneros, monjes, predicadores y navegantes, cuyas informaciones ayudan a ir completando los imperfectos mapas. La geografía asiática se perfecciona gracias a los viajes a Tierra Santa y a las embajadas a países remotos ordenadas por reyes y papas y presididas por frailes y monjes. No deja de mencionar JA los fabulosos viajes de Marco Polo, su padre y su tío en el siglo XIII. Son mejor conocidas Inglaterra, Islandia, Groenlandia y las tierras de noruegos y daneses.

El siglo XV conoce ya a Plinio, Pomponio Mela, Estrabón y Tolomeo. La *Geographia* de este es traducida al latín por el griego Manuel Crisoloras. Los códices de geografías y cosmografías de este siglo suelen adjuntar atlas y cartas geográficas. Cita JA el poema didascálico de tema geográfico *Dittamondo* del pisano Fazio degli Uberti y el famoso mapa universal del monje camaldulense Fray Mauro. El XV inició el conocimiento de las proyecciones estereográficas y ortográficas de los mapas, investigó nuevos métodos para las cartas generales y particulares, perfeccionó las curvilíneas e introdujo las rectilíneas; creó las cartas hidrográficas y conoció mares y tierras antes desconocidos. JA encomia la labor del Infante don Enrique de Portugal como impulsor de la construcción naval y de una supuesta escuela de Sagres, que

reuniría en un esfuerzo común a matemáticos, náuticos y astrónomos, con "nuevos métodos, nuevos instrumentos astrolabios, brújulas y cartas de marear", que permitieron a los portugueses descubrir las costas africanas, mejorar la navegación y perfeccionar sus cartas hidrográficas. Como las comparaciones pueden resultar odiosas, explica JA, uno de los padres de la Comparatística, evitará comparar a don Enrique con Colón para no tener que dar la preferencia al primero, como hace el abate Antoine de Cournand. JA, que conoce bien las dificultades técnicas que hubieron de superar los cartógrafos, explica que el matemático, astrónomo y geógrafo portugués Pedro Nunes propondrá en su *Tratado de la navegación* su tabla loxodrómica para salvar el hecho de que ciertas cartas planas no guardaban la proporción de los grados de los paralelos y de los meridianos, "representándose unos y otros como iguales, siendo así que son siempre más desiguales cuanto más se acercan al polo". (III, 374) El geógrafo, matemático y cartógrafo flamenco Gerardus Mercator / Gerard Kremer aportará, entre otras soluciones, la «proyección de Mercator» al complejo problema de proyectar la superficie esférica de la Tierra en una superficie plana. Además de conocerse mejor las costas de África, en el xv se descubre América. Aunque Juan Felipe Casel (*Observación histórica sobre la casual navegación a América de los frisonos en el siglo XI, Disertación filológica sobre las casuales navegaciones a América anteriores a Colón*) pretenda que antes de Colón visitaron América cartagineses, frisios, daneses y varios europeos, JA, que no cree tan "vagas e inciertas noticias", defiende que el mérito de descubrir las dos Indias pertenece en exclusiva a los audaces Vasco de Gama y Colón. Los intrépidos viajeros portugueses y españoles aportan importantes avances para las ciencias, la economía y el comercio. Se multiplican las colecciones sobre viajes de Richard Haukluyt, Johann Thierry de Bry, Ramnuso, Melchisédec Tevenot, Samuel Purchas y John Harris. Se admira especialmente JA del atrevido viaje de 1519 en el que el portugués Fernando de Magallanes dio la vuelta al mundo.

En el siglo xvi empieza a hablarse de los viajeros y comerciantes ingleses y holandeses. Los estudios geográficos se especializan y habrá Geografías sagrada, antigua, moderna, general, particular, astronómica, física e histórica. La Geografía sagrada progresa gracias a Postel, Adricomio / Christian Kruik van Adrichem, Reland, el jesuita Villapando, el protestante Bochart y otros filólogos y comentaristas

de la Biblia. La Geografía antigua avanza gracias a Vadianus, Hernán Núñez de Guzmán / *El Comendador Griego*, Alonso López el Pinciano, Jerónimo Zurita y Stobnitza. Nebrija sigue la *Cosmografía* de Tolomeo. Auxilian a la Geografía matemáticos como Stoepler, Appianus, Glarean y Mercator. El admirable astrónomo y matemático Gemma Frisius construye instrumentos de medida, elabora teorías para la navegación marítima, hace un mapa terráqueo, incluyendo ya las tierras recién descubiertas, y otro celeste, enseña a construir cartas científicamente y pone las bases de la Cosmografía. El astrónomo Mercator, al que llama Ortelio "Tolomeo de su siglo", aclara la mal entendida obra tolemaica y da al final del XVI los dos tomos de su *Atlas, o meditaciones cosmográficas del universo y el universo en tanto creación*, la obra más perfecta de su tiempo. El cartógrafo flamenco Abraham Ortelius, geógrafo de Felipe II desde 1575, edita en Amberes el que es considerado el primer atlas moderno: *Theatrum Orbis Terrarum*. El ilustrador flamenco Petrus Bertius edita a Tolomeo y las obras geográficas medievales, y su paisano Andrés Escoto, obras geográficas antiguas desconocidas. Flandes parece dominar la Geografía del XVI.

En el siglo XVII, el holandés Snell (*Eratosthenes Batavus*) mide la tierra usando la Trigonometría. Jansonius y Hondius publican en Amsterdam su *Theatrum orbis terrarum*. Blaeu, amigo del astrónomo Ticho-Brahe, da su *Atlas Novus* (1635-1658), que perfeccionaría su hijo Joan. Si el centro de la cartografía fue Amsterdam, tomará el relevo Amberes, principal puerto del Imperio español con acceso al mar del Norte. Gracias a Camdenius, Staravolsco, el jesuita sinólogo Martini, Olaus Magnus, Buraeo y Blaeu, los europeos conocen mejor Polonia, China o Suecia. JA se detiene luego en los españoles, padres y maestros de la geografía americana: Gonzalo Fernández de Oviedo (*Historia General de Las Indias*); Diego Méndez de Segura, que participó en el cuarto viaje de Colón al Nuevo Mundo; el cronista mexicano, de origen criollo o mestizo, Pedro Gutiérrez de Santa Clara (*Historia de las guerras más que civiles que hubo en el Reino del Perú o Quinquenarios*); y Francisco de Chaves, que participó en las conquistas de México, Guatemala y Perú.

Impulsa la Geografía antigua Philipp Clüver. Cellarius publica su espectacular *Atlas celeste / Atlas Coelestis seu Harmonia Macrocosmica*, siguiendo a Copérnico, Tolomeo, Brahe y Arato. El geógrafo piemontés Gastaldi realiza excelentes mapas de Asia, África y Europa. Trabajan en Hidrografía el astrónomo Riccioni, el padre

Fournier y Varenius, fundador de la Geografía científica al estudiar la conexión causal de los distintos hechos geográficos. A la magistral *Geographia Generalis* de Varenius le pondrá adiciones e ilustraciones Newton en las ediciones de 1672 y 1681.

Francia tomará en Geografía el relevo de Amsterdam y de Amberes. Desde finales del XVII los cartógrafos pueden ya fijar astronómicamente longitud y latitud de un lugar determinado. Giovanni Domenico / Jean-Dominique Cassini, director del Observatorio de París, calcula los movimientos de los satélites. La Academia de las Ciencias de París y la Real Sociedad de Londres organizan expediciones por todo el mundo para fijar las determinaciones astronómicas de muchos lugares. Los marinos perfeccionan su astronomía, se descubren las variaciones de la brújula y desde las colonias europeas se envían informes que permiten conocer las diversas regiones del globo. Herman Moll vende en su librería londinense unos excelentes mapas de todas las partes de la Tierra. Los matemáticos e historiadores alemanes Homann publican sus famosos atlas (*Gran Atlas de todo el Mundo*). La Sociedad Geográfica de Suecia, establecida por Carlos IX, forma exactas cartas de las provincias septentrionales. Pero el geógrafo que logra dar la imagen más realista del mundo es el astrónomo Guillaume Delisle, profesor de Geografía del joven Luis XV y Geógrafo Real. Desde su gabinete seguirá de cerca el viaje del francés encargado de tomar astronómicamente la longitud de la embocadura del río Missisipi y desde su gabinete, auxiliado por otros geógrafos, le rectificará los datos erróneos. También se entusiasmó Delisle con la Geografía del mundo antiguo. Todo lo abarcó su vista perspicaz: "parecía que nuestro globo se manifestase enteramente a los ojos de Delisle para lograr la suerte de tener su retrato expresado en sus varias actitudes por el fino pincel de aquel exacto pintor". (III, 389)

El astrónomo, matemático y físico Edmund Halley, amigo de Newton y miembro de la Real Sociedad de Londres, realiza mediciones en el Mediterráneo, da cartas hidrográficas, estudia los vientos de los mares situados entre los trópicos, aporta una teoría sobre las variaciones de la brújula y a inicios del siglo XVIII entrega a la prensa sus mapas basados en cálculos astronómicos. El ingeniero de Marina Chazelles describe los puertos del Mediterráneo. Sauveur y Bellin mejoran las cartas geográficas en su *Neptuno francés*. El matemático Tommaso Lagny expone ante la Academia de las Ciencias de París la técnica para reducir las cartas geográficas y da

datos sobre las corrientes causadas por las mareas. Los ingleses perfeccionan continuamente las cartas de marear de Pieter Goos usadas por los navegantes. D'Apres, en su *Neptuno oriental* perfecciona la descripción de los mares orientales. Logran determinar la figura de la Tierra Huygens, Newton, Cassini, Bouguer, Lacaille, que catalogó cerca de diez mil estrellas, y Maupertuis: la Tierra resultó ser un esferoide comprimido por los polos. Fijadas con rigor astronómico longitudes y latitudes de muchos puntos del globo, pudieron hacerse exactas cartas geográficas. Los astrónomos europeos se esparcen por el mundo con motivo del paso de Venus por el disco solar. Uno de ellos es el francés Guillaume Le Gentil, que, tras muchos preparativos, verá frustrada su contemplación. Bromes JA: "Una nube pasajera causa a Gentil el cruel sentimiento de ocultar a sus astronómicas caricias la amada Venus, cabalmente en el suspirado momento de su paso por el disco solar. (III, 391) De su viaje a la India, donde esperó muchos años el siguiente paso de Venus por el disco solar, dejó Le Gentil útiles noticias. De la expedición danesa a Arabia todos fallecerán en 1763, excepto Carsten Niebuhr, que publicará su *Descripción de Arabia*. Se conoce mejor Rusia gracias a los viajes de los académicos de la Academia de San Petersburgo (Lévesque, Chebotariov y Polunin). Se leen con pasión los libros de viajes de Astley, Prevost y Sonerat. Carteret descubre en expediciones por el Pacífico con la Royal Navy islas desconocidas por los europeos. Vallis y Bougainville estudian las tierras australes. El geógrafo James Cook viaja por mares e islas desconocidas, auxiliado por diversos académicos.

La Anticuaria también auxilia a la Geografía: Spanhemio o Hardouin usan las medallas para dar con países no citados por los antiguos y fijar las posiciones de ciudades y provincias. Especialmente activos son Bernard, Fréret, Barre o Bougainville, miembros de La Academia de las Inscripciones y Bellas Letras de París. Las Academias de París y la de San Petersburgo reciben cartas geográficas de la China y el Japón.

Philippe Buache, yerno y sucesor de Delisle, ofrece en su *Atlas físico* detalladas cartas geográficas. Alemanes e ingleses proporcionan a los navegantes cartas marítimas en sus *Portumnos* y *Neptunos*. Geógrafo perfecto le parece a JA Jean Bourguignon D'Anville, cuyas cartas geográficas muestran un detallismo asombroso, aunque crea, como los otros geógrafos franceses, que la Tierra es un esferoide

prolongado por los polos. Amó también la Geografía antigua (*Galia Antigua, Grecia Antigua*).

El hidrógrafo Bonne incluye en sus cartas marítimas y terrestres las rectificaciones de marineros como Cook. Rica información proporcionan los Atlas y la GEOGRAFÍA COMPARADA de Mentelle. Bode publica su *Introducción al conocimiento general del globo terrestre*. Busching, «moderno Estrabón», estudia Rusia antes que Chebotariov y Polunin. Los "divinos héroes de las sublimes Matemáticas", dice JA con tono gracianesco, ayudan a los geógrafos indicando cómo construir cartas geográficas: Euler, ante la Academia de San Petersburgo; Lagrange, ante la de Berlín.

En una extensa adición posterior (VI, 756-762), ofrece JA el panorama de la última geografía. Destaca al militar James Rennell (*Atlas de Bengala*) y a Pascual Gosselin (*La Geografía de los griegos*). Se preocupan por la Geografía antigua Larcher, Hennick, Schlitorst, Sainte Croix y Hartmann. Bonne (*Neptuno américo-septentrional*) mejora la construcción mecánica de los globos y cambia las proyecciones de los montes y la topografía de los mapas marinos. Buache escribe sobre itinerarios antiguos y elabora sus mapas contando con las noticias de viajeros como La Perouse. En Italia, Lorgna aporta métodos útiles para elaborar mapas en sus *Principios de Geografía astronómico-geométrica*. En España se muestra excelente cartógrafo Tomás López (*Principios Geográficos aplicados al uso de mapas, Cosmografía abreviada. Uso del globo celeste y terrestre*). Entre los ingleses, cita JA a Desbarres (*Neptuno Atlántico de Nueva Escocia*) y a Arrowsmith, y le parece insuperable el geógrafo y botánico escocés Dalrymple, cuya *Geografía* debe mucho a Cook. Se conocen mejor las regiones asiáticas tras diversas embajadas al Japón, la China y el Tíbet, la *Introducción a la Geografía Universal* del viajero geógrafo Clüver y las aportaciones de la Sociedad Asiática de Bengala; el misterioso interior de África, gracias a la Sociedad Africana de Inglaterra y a los viajes de Mungo Park, Brown y Barrow; la América septentrional, gracias a Hearne, Mackenzie y Meares; la América meridional, las costas de la Patagonia y el Estrecho de Magallanes, gracias a los viajeros españoles. Son valiosos los trabajos de los académicos del Instituto de Egipto. Los viajes para medir el grado por toda Europa dieron puntos fijos a los geógrafos con procedimientos trigonométricos. El Departamento militar de Francia publica un Memorial topográfico que reúne Geografía, Geodesia, Topografía, técnica de grabado y

estadística. En Alemania, se publican periódicos geográficos a cargo de astrónomos como Zach, Bertuch y Reichardt. Todo ello revitaliza la Geografía a diario.

Da luego JA unas cuantas sugerencias para mejorar la futura Geografía. Faltan por conocer aún muchas regiones del globo. Hay que multiplicar los puntos fijos con las determinaciones astronómicas y odepóricas; hacer descripciones más exactas; realizar nuevos viajes, observaciones y descubrimientos. El historiador ideal necesita erudición e "ingenio geográfico", desdeñar las pequeñeces, hallar las justas posiciones de los lugares y mostrar el globo tal cual es en lo físico y en lo político. Para mejorar la Geografía antigua, los anticuarios han de ser los guías de los geógrafos. Cree genial la idea de una GEOGRAFÍA COMPARADA (*Geografía Comparada o Paralelos Geográficos*) de Edme Mentelle, ya que los imperios cambian según pasa el tiempo, aunque lamenta que la dejase inacabada. Mentelle describe en sus mapas las producciones y riquezas naturales europeas, y las Geografías antigua y moderna, historiando las revoluciones morales y políticas. JA habría deseado en su GEOGRAFÍA COMPARADA más Geografía física y moral, antigua y moderna, y menos prurito de filosofar, que lo conduce a afirmaciones inútiles o falsas. Denuncia luego los manuales de títulos pomposos y llenos de errores, mentiras y contradicciones como la *Geografía universal descriptiva, histórica, industrial y comercial* del historiador William Guthrie o *Descripción histórica, política, civil y natural de los imperios, reinos, etc.* del anticuario, historiador y cartógrafo escocés John Pinkerton. El *Atlas histórico, genealógico, cronológico, geográfico* de Lesage habría sido ideal para iniciar a los jóvenes en la Geografía, si se hubiera ceñido a las noticias confirmadas.

Echa en falta JA una GEOGRAFÍA ECLESIASTICA COMPARADA. El geógrafo que pretenda hacer avanzar la Geografía medieval necesitará "un gran fondo de fastidiosa lectura y de obscura erudición"; aún es ensayo imperfecto el del monje benedictino milanés Beretti *Disertación Corográfica sobre la Italia Medieval*, incluido como anónimo en el tomo X de *Escritores de cosas italianas* de Muratori. En los mapas, además de ciudades, villas, provincias, montes y llanuras, hay que incluir todo lo que despierte la curiosidad erudita: por ejemplo, lugares asociados a hechos célebres o a alguna rentable actividad económica:

Una vasta y universal erudición ofrecerá a la mente del geógrafo cuanto la faz de nuestro globo presenta de curioso e importante para los políticos, para los naturalistas, para los

historiadores y para todos los que desean saber; un gusto delicado le servirá de guía para escoger en cada sitio aquello que más deberá excitar la universal curiosidad. (III, 399)

JA aguarda todavía una "completa y perfecta geografía".

CRONOLOGÍA

Comienza JA recordando que los historiadores griegos, según las necesidades de cada momento, citaban como hitos a partir de los cuales retrocedían, la caída de Troya, la fundación de alguna ciudad, la guerra del Peloponeso, la expedición de Jerjes, los años de sacerdocio de las sacerdotisas de Juno en el templo de Argos, los arcontes de Atenas, los éforos de Esparta, los comandantes de la Beocia o los vencedores de los Juegos Olímpicos. Le parece admirable que, entre tanta "incertidumbre de tiempos", generalmente dieran con el tiempo verdadero. Bougainville, Petavio y Fréret defienden la autoridad cronológica de Acusilao, Heródoto y otros historiadores antiguos.

La Cronología astronómica presenta muchas dificultades, pues eran distintos los años egipcio, persa, hebrero o asirio. El año griego era diferente en cada estado. El erudito deberá conocer las diversas computaciones cronológico-astronómicas. Los astrónomos griegos buscaron siempre perfeccionar sus meses y sus años. La Cronología, ayudada por la Filosofía y las Matemáticas, se inicia en la Escuela de Alejandría bajo los Tolomeos. Las conquistas de Alejandro permiten a los griegos conocer a los historiadores y astrónomos asiáticos y confrontar fechas. Beroso, astrónomo de Babilonia, introduce entre los cronólogos griegos la erudición astronómica de los caldeos y les facilita fundamentar "una serie cronológica de los hechos históricos griegos". Pero Eratóstenes, Filoco o Estesiclides caen en abundantes errores, que impugnarán cronógrafos posteriores como Cástor de Rodas, contemporáneo de Cicerón. Por el tiempo de Cástor, regala Apolodoro una Cronología universal al rey de Pérgamo. Dionisio de Halicarnaso, según Boivin, fue el primero en armonizar las fechas de griegos y romanos.

Los cristianos se interesarán por la Cronología sólo desde el siglo III, con Teófilo de Antioquía, san Hipólito o Julio Africano. Los romanos señalan con claridad tiempos y hechos con los nombres de los cónsules o sus años de reinado,

descuidando las antigüedades griegas, egipcias y asiáticas o las varias computaciones de los tiempos. Luego el cronógrafo Varrón redujo todos los tiempos desde el inicio del mundo a tres periodos: oscuros, fabulosos e históricos. Se graban en mármol los fastos consulares, se multiplican los calendarios y se escriben innumerables crónicas.

En una adición posterior, JA enriquecerá sus datos sobre Cronología. (VI, 762-765) El Patriarca de Alejandría tiene a su cargo fijar la Pascua y regular el calendario eclesiástico. Los griegos creen cosa propia la Cronología, y así se lo reconocen Julio Africano o Eusebio. Comenta JA la *Crónica alejandrina* o *Crónica Pascual*, que tanto ayudó a Panvinio, Sigonio, Sylburg, Escalígero y Casaubon en Cronología y Arqueología. Recoge diversos calendarios: el de la casa de los Maffei de Roma; el rústico de la Biblioteca Farnesiana y otros consulares y estudia el canon pascual de Víctor de Aquitania. Ya Plutarco dudó de que los cronólogos pudieran acertar, como lo dudarán Newton, Bolingbroke y muchos modernos, dadas sus contradicciones y sus fechas "vagas e inciertas, y muy discordes entre sí". Pero JA pide respeto para los cronólogos griegos, que eran eruditos y filósofos que se auxiliaban con la Astronomía y la Geometría, ya que sería una inconsecuencia desdeñar los trabajos cronológicos de Eratóstenes y Apolodoro y alabar a la vez a los matemáticos, historiadores, poetas, oradores y filósofos de Grecia. Defiende JA los métodos de los antiguos historiadores, así el contar según generaciones (tres generaciones por siglo, algo coherente, ya que según Hesíodo, Platón o Aristóteles, los griegos solían casarse después de los treinta); los cálculos de Fréret, Newton o Bougainville demuestran la coherencia de las diversas genealogías de los antiguos. Tampoco cree JA que se deba nadie burlar del método de señalar los tiempos de los hechos retrocediendo desde alguna época ilustre: no es ridículo que los cronógrafos den las fechas de los tiempos antiguos ascendiendo desde la época del nacimiento de Cristo.

Para ayudar a los cronólogos, los griegos recopilan series y sucesiones de príncipes, comediantes y filósofos. En bronce y mármoles se ofrecen catálogos de reyes, arcontes, atletas vencedores de los Juegos Olímpicos, poetas vencedores en los juegos escénicos o sacerdotisas de Argos: no es lógico, pues, tachar a los cronólogos griegos de inexactos y mentirosos. Lo que no se entiende es por ignorancia o por escasez de noticias antiguas. Fréret no halla en las historias profanas o sagradas de asirios, griegos y hebreos los absurdos que les achacan los indoctos. De la Cronología

antigua dependía la celebración de sacrificios, fiestas y ceremonias religiosas. Se fueron proponiendo sucesivamente períodos cada vez más exactos. Recuerda JA que los cronólogos deben tener en cuenta que el tiempo se medía distinto en Atenas, en Tebas y en Macedonia, y casi en cada ciudad y provincia. El año romano tenía diez meses, Numa le añadió dos más y Julio César, ayudado por el astrónomo Sosígenes, formó un año más justo, luego llamado *año juliano*, que abrazó casi todo el mundo romano. El calendario eclesiástico es el principal objetivo de las especulaciones astronómicas. Los cristianos disputan en los primeros siglos sobre cuándo ha de celebrarse la Pascua. El Concilio de Nicea da un calendario para las diversas solemnidades. Luego los esfuerzos se concentran en fijar un ciclo pascual, interviniendo en estos debates San Hipólito, Teófilo de Alejandría, san Próspero, Víctor de Aquitania o Dionisio el Exiguo, que creó la Era cristiana, *Anno Domini*, al proponer contar los años desde el nacimiento de Cristo.

Durante el Medioevo son reliquias de la Cronología griega el *Cronicón alejandrino* y los *Fastos sicilianos*, llamados así porque Jerónimo Zurita halló este manual de cronología en Sicilia. Suele copiarse a Julio Africano y a Eusebio de Cesarea (*Cánones cronológicos y epítome de historia de los griegos y de los bárbaros*). Los Cronicones parten del inicio del mundo y recorren alegremente las edades sin preocuparse de conciliar a los autores ni de combinar los hechos. En el siglo XV Alonso Fernández de Madrigal, *El Tostado*, comenta a Eusebio (*Comentario a la Historia Eclesiástica de Eusebio de Cesarea*). Gaza, Manuzio y Giraldo estudian los años y los meses. Se fijan los hechos gracias a la Astronomía (eclipses, número áureo, epactas). Aconseja JA estudiar medallas, lápidas y textos antiguos, pues donde menos se piense saltará el dato útil para conocer los años, los meses y las diversas épocas antiguas y modernas. No es exacto el año juliano con el añadido del bisiesto cada cuatro, algo que ya notan Beda el Venerable y luego Bacon, quien lo comunica al papa. Aunque los Concilios de Constanza y Letrán toman nota de ello, nada se hará hasta que Gregorio XIII se decida a acometer la "deseada y justa" Reforma, con ayuda a Lilio, Dante, Chacón y el astrónomo y matemático jesuita Cristóbal Clavio, «el Euclides de su tiempo». El papa se olvidó de convocar a José Justo Escalígero, olvido que este sintió como un tremendo agravio. Tras adoptar el calendario España, Italia y Portugal, protestantes, anglicanos y ortodoxos se resistieron a aceptar esta

reforma *papista*, aunque se adherirán con el tiempo. La Cronología mejora según se descubren monumentos como los mármoles arundelianos, que recogen hechos griegos de más de 1200 años: lo que callan los escritores lo dicen columnas, medallas o lápidas. La Cronología Sagrada complica más las cosas, dada la dificultad de conciliar los libros sagrados con los profanos en lo relativo a las cronologías egipcia, persa y de otras naciones que se insinúan en las Escrituras. Y es que los antiguos no estudiaban ciertas épocas, necesarias para la Historia eclesiástica. Además, los cristianos adoptaron diversas eras en sus escritos: española, cristiana, alejandrina, antioquena, constantinopolitana, de Diocleciano, de los mártires... Ante los problemas con que se tropiezan anticuarios como Lellamand, Petit y Junio respecto a las Cronologías griega y romana, Pagi reclamará para la Ciencia eclesiástica la elaboración de catálogos de cónsules cesáreos, papas, emperadores, césares, patriarcas y concilios, y la perfecta comprensión de los diversos cómputos cronológicos.

En plena discusión sobre la reforma gregoriana del calendario, Escalígero publica *De la corrección de los tiempos*, usando los datos extraídos de historiadores, astrónomos, filósofos, médicos, oradores y poetas de la Antigüedad. Aclaró fragmentos de Eusebio y de otros cronólogos griegos y añadió su período "juliano", aceptado por casi todos los cronólogos. El jesuita Clavio escribe por orden del papa su *Apología del Nuevo Calendario Romano*, donde rebate claramente al astrónomo Moestlin y al matemático Vietta. Por su parte, Petavio, que reprocha a Escalígero su conversión al protestantismo y su inquina contra los jesuitas, publica *De la doctrina de los tiempos, Uranologio y Racionario*, mostrando un extraordinario dominio de la Astronomía y las Historias sagrada, profana, eclesiástica y civil. Le llama la atención que Petavio respete el periodo juliano de Escalígero (de 7980 años; por tanto, un calendario no perpetuo), al no verle ventaja alguna. Petavio, que superó sobradamente a Escalígero, es proclamado por JA "príncipe soberano de los estudios cronológicos".

James Ussher (*Anales del Viejo Testamento, derivados de los primeros Orígenes del mundo*) es excelente cronólogo histórico. John Marsham (*Chronicus canon...*) será guía de la Cronología de Newton. Son importantes las aportaciones de Vossio y de Labbé. El jesuita Riccioli quiso reformar a la vez Cronología, Geografía y Astronomía

reduciendo toda época y hecho célebre a la de Cristo y contar retrógradamente por ésta los tiempos antiguos, método que le parece a JA el más cómodo para aclarar la antigua Cronología. El siglo XVII perfeccionó la Cronología nacida en el XVI, ciencia que se verá descuidada durante el XVIII. De fines del XVII son Pagi, Papebroch y Norris: en su *Disertación sobre el periodo greco-romano* o en su *Disertación hypática de los cónsules cesáreos*, Pagi enriquece la Historia eclesiástica al estudiar la obra del cardenal Baronio; la serie exacta de los papas romanos de Papebroch no será contestada; Norris da un nuevo aspecto a las épocas sirio-macedónicas, que recibirá diversos suplementos.

Spanhemio, Hardouin y sobre todo Norris usan medallas y monedas para aportar novedades sobre macedonios, sirios, seléucidas, fenicios y palestinos. Dodwell, interesado en la obra de Tucídides, aporta aparatos cronológicos para sus obras y aclara los ciclos de griegos y romanos. Por su parte, Newton funda una nueva Cronología sobre conjeturas morales y astronómicas, partiendo de la expedición de los Argonautas. Acortará en varios siglos los hechos y las listas de reyes y negará la conveniencia de computar en cada siglo tres generaciones. Reaccionó la Cronología tradicional, de la mano de Fréret (*Defensa de la cronología fundada sobre los monumentos de la historia antigua, contra el sistema cronológico de M. Newton*), Wishon y Carli, que demuestran la falsedad de los datos usados por el físico inglés (Quirón, supuesto fabricante de una esfera para los Argonautas, etc.). Newton respondió a Fréret en sus *Transacciones*. Entonces intervino el jesuita Étienne Souciet con unas ingeniosas cartas llenas de cálculos astronómicos e históricos y monumentos de la Antigüedad, estableciendo unas épocas distintas de las de Newton y devolviendo a la Historia muchos siglos que el genial físico había eliminado. Defendió a Newton Edmund Halley. Luego Bougainville (*Defensa de la Cronología contra el sistema cronológico de Monsieur Newton*) desmontó definitivamente, punto por punto, la Cronología newtoniana. Al poco escrupuloso modo de trabajar de Newton en Cronología le opone JA la seriedad del erudito Fréret (*Reflexiones sobre el estudio de las Historias Antiguas*), que halló a los antiguos, sagrados y profanos, coherentes entre sí y conformes a la verdad. Por haber errado al creer que los tiempos posteriores a Ciro y a la monarquía de los persas estaban suficientemente aclarados, no lo incluye JA en un triunvirato junto a Escalígero y Petavio. Recuerda a los

eruditos de la parisina Academia de las Inscripciones y Buenas Letras dedicados a la Cronología: Belley, Boivin, Bougainville, Larcher, Saint-Croix, Desvignoles, Tournemine, Corsini y Sanclemente, de quien se espera una Numismática cronológica.

Elogia luego JA la obra de los benedictinos de San Mauro *Del arte de verificar las datas*, de gran utilidad para la Diplomática, la Historia y la Cronología, y alaba su adentrarse en incultos escritos medievales. Antes, sólo Mabillon y Du Cange aportaron datos sobre el oscuro Medioevo. Usando "leyes, diplomas y escritos bárbaros", los maurinos se preocupan por cómo utilizan los autores medievales las épocas (eras, años y meses en sus mil variedades) y cómo fechan, a veces de modo extravagante, sus documentos. Aportan un glosario de los nombres dados a los días, una cronología de los eclipses, varios calendarios y listas de papas y patriarcas, cónsules, emperadores y reyes. A fines del XVII el marqués de Mondéjar (*Obras Cronológicas*) explicó la era española; el agustino Enrique Flórez, en el tomo II de su *España sagrada*, aportó documentos que aclaraban las Eras española y vulgar, la Hégira y otros aspectos cronológicos útiles para la Historia de España. El estudio de la Cronología medieval mejorará durante el XVIII, sobre todo tras los descubrimientos numismáticos y lapidarios de Norris. Hay que aclarar cómo entienden y usan los escritores las distintas épocas. La Historia, auxiliada por la Cronología, busca solo "el justo tiempo de los hechos".

ANTICUARIA

Amante de la Antigüedad greco-latina, JA multiplicará las adiciones a su texto inicial, deseoso siempre de mostrar las ricas posibilidades de la Anticuaria como auxiliar de la Historia antigua. Los griegos son aficionados a conservar "raridades" y antigüedades de quienes los precedieron (escritos, inscripciones, lápidas, bronce, vasos de bronce, bajorrelieves, sepulcros, estatuas, pinturas, memorias) y no faltan los autores que se burlan de su arqueofilia. Cada ciudad tiene su anticuario y abundan los museos privados de los ricos. Historiadores como Hecateo de Mileto o Heródoto buscan la verdad histórica a través de estas "antiguallas". Son perfectos anticuarios Eratóstenes, prefecto de la Biblioteca y Museo de Alejandría, y

Apolodoro, prefecto de la Biblioteca de Pérgamo. Los griegos inventan el Arte Lapidaria. Según el lexicógrafo Suidas, Filocoro recogió todas las inscripciones del Ática. Cicerón ilustra pasajes de Homero sirviéndose de pinturas y bajorrelieves. También los romanos guardan las reliquias de sus antepasados en casas y templos, y los *comentarios censorios* pasan de una a otra generación. Sus conquistas los aficionan a la plata labrada, las tapicerías, los triclinios de bronce, los vasos, las pinturas, aunque suelen fingir en público desdeñar las Artes, inadecuadas para la severidad romana. Escauro, hijastro de Sila, es el primero en tener una dactiloteca (colección de piedras preciosas antiguas). También Roma abunda en ricos museos y galerías privados: los tienen Verres, Cicerón, César, Plinio, Augusto y Adriano. Los templos se llenan de estatuas, piedras preciosas y pinturas. De la pasión de tantos *filocaloi* se burlan Horacio y Juvenal. Se estudian las inscripciones de los sepulcros. Son aficionados a los datos genealógicos Cicerón, Cornelio Nepote, Tácito y Plinio. El gramático Varrón escribió, según San Agustín, 41 libros sobre las antigüedades romanas y Plinio aceptaba su autoridad en estatuas. Los últimos anticuarios romanos son del siglo IV: Sexto Rufo y Publio Víctor.

Más adelante, Petrarca, Guillermo Pastrengo, Boccaccio y Niccoli se aficionan a códices, inscripciones, pinturas, estatuas y monedas antiguas y estudian la mitología griega. Toda Italia se puebla de riquezas antiguas. Los Médicis, Alfonso de Aragón, el duque de Calabria, los Gonzaga y los Este muestran sus antigüedades en palacios y jardines; Rucellai celebra su academia filosófica en sus Huertos *Oricellari*, adornados de monumentos antiguos; compiten con los príncipes en la posesión de antigüedades Poggio, Pomponio Leto, Maffei y Ciríaco de Ancona. Componen volúmenes con inscripciones Feliciano y Marcanuova. Escriben sobre antigüedades Bologni, fray Yocundo, Pomponio Leto, Rucellai y Biondo.

Durante el siglo XVI, parece vivirse en Atenas o en Roma. Europa entera ama las colecciones de inscripciones, monedas, medallas y lápidas, con las que se explican las historias de Grecia y Roma, y se aclaran aspectos de la Religión, la Historia, la Geografía, las Ciencias y la Cronología antiguas. Se interesan por las genealogías de las familias romanas Ursino y Antonio Agustín. Del enorme trabajo sobre las inscripciones de Panvinio se aprovechará Grüter para su famosa colección (JA supone que era de Panvinio la obra publicada en 1588 por Plantino a nombre de un

tal Esmecio). En sus diálogos sobre medallas e inscripciones, Antonio Agustín explica las ciencias numismática y lapidaria, sin olvidarse de las entalladuras ni de las amatistas. Pedro Chacón estudia un calendario grabado en época de César y un enorme pedazo de la columna rostrata de Duilio; Alfonso Chacón, las pinturas de un sepulcro cristiano y los bajorrelieves de la columna de Trajano para historiar las guerras dacias; Mercati, los obeliscos desenterrados. Sitúa JA junto a los admirables Sigonio (*Historia del reino de Italia desde el año 570 al año 1200*) y Panvinio (*Sobre la República Romana*) a Antonio Agustín, Alciato, Jacques Cujas, los dos Chacones y Pirro Ligorio, pintor, arquitecto, anticuario y paisajista italiano dibujante de lápidas y medallas antiguas, que dejó en más de treinta tomos inéditos.

En el siglo XVII, Gori edita tras la muerte de Doni la colección de este con más de 6000 lápidas desconocidas. Las estudian también, entre otros, Volpi, Oderico, Olivieri y Reinesius, quien publicó un suplemento a la excelente colección de lápidas de Grüter de 1682 (*Inscripciones antiguas de todo el orbe romano*). Con las lápidas de Turín creó Maffei un *Museo turinés*. Finestres estudió las inscripciones de Cataluña. Antonio Valcárcel, conde de Lumieres (*Medallas de las colonias, municipios i pueblos antiguos de España hasta hoy no publicadas*), anunció su *Tesoro de las inscripciones romanas de España*. Al no poder publicar su obra, entregó al ex jesuita Juan Francisco Masdeu sus medallas, que éste incluyó en volúmenes numismáticos que añadió a su *Historia de España y de la cultura española en todos los géneros* y a su *Historia crítica de España y de su cultura*. Aportan nuevas lápidas no incluidas en las colecciones de Grüter Esmecio o Apiano, el conde de Malvasia y Fabretti. Norris estudia los cenotafios de Pisa.

En este siglo XVII adquiere su esplendor la Numismática. Vicencio Juan de Lastanosa posee una importante colección de medallas. Du Cange ilustra las del Bajo Imperio. Aportan sus *Tesoros* de medallas Seguin, Patin, De Beger (*Tesoro de Brandenburgo*), Nicolàs Haym (*Tesoro británico*), Vaillant, que cuenta con el apoyo de Luis XIV para sus viajes, y Morel (*Tesoros morelianos*). Jean Hardouin ilustró con ellas la Geografía. Jobert, Labbé y Banduri forman bibliotecas y catálogos de escritores numismáticos. Campo casi virgen es el de las piedras preciosas antiguas, que abordan Estefanoni, Liceti y Agostini, Gorleo y Smith, que estudian artífices y grabadores, mitología e historia antiguas y aclaran pasajes enigmáticos de los

antiguos. Bellori se interesa por los arcos de los emperadores y las pinturas de los sepulcros; Ciampini, por los mosaicos y las iglesias antiguas; Fabretti y Spanhemio admiran un bajorrelieve con la apoteosis de Homero. Todo interesa a los eruditos: lucernas, vasos, bajorrelieves, estatuas. Meursio habla con entusiasmo de Grecia, por cuya música se interesan Doni, Meibom, Burette, Martini, Brown, Eximeno y Burney. Octavio Ferrari estudia el mundo de los gladiadores, los baños y las lucernas sepulcrales. Cresolio, Wower, Laurenti y Fabro investigan la pedagogía en Roma. Selengre y Poleni amplían las *Antigüedades romanas* de Grevio y Gronovio. Buonarotti (*Sobre algunos medallones antiguos, De los vasos antiguos de vidrio*) completa la *Etruria real* de Dempster, y es el primero en interesarse por las antigüedades etruscas.

Defiende JA que el siglo XVIII es «el siglo de la Antigüedad», «el siglo anticuario» por excelencia. La Filosofía se ocupa de la Anticuaria con Buonarotti, Maffei, Winckelmann y Caylus. Trabajan en este campo la Academia de las Inscripciones de París, fundada en el XVII, y otras fundadas en el XVIII: la Sociedad Anticuaria de Londres, la Academia de Cortona, la Herculanaense y la de Historia de Madrid. Aparecen antigüedades etruscas y volscas, medallas españolas desconocidas, y el sepulcro de los Escipiones. El maurista Bernard de Montfaucon, historiador, traductor, bibliógrafo, paleógrafo y editor de textos patrísticos, en su *Paleografía griega / Paleographia graeca, sive De ortu et progressu literarum graecarum* estudia exhaustivamente la escritura griega, su caligrafía, la taquigrafía, las fórmulas oficiales y diplomáticas, los instrumentos para escribir, su evolución a lo largo de los siglos y el método para interpretar los manuscritos. Sus hermanos, los benedictinos reformados de San Mauro, han dado el *Nuevo tratado de Diplomática*. Chishull ilustra la inscripción Sigea y se intenta desentrañar la enigmática inscripción trilingüe de la piedra Rosetta. Destacan también Fourmont, Castelli, Mazzochi y Martorelli. Marini (*Tesoro*) estudió las inscripciones de la Casa Albani y las de los hermanos Arvalli tras las excavaciones de la sacristía Vaticana. En Numismática destaca JA a Pellerin, «el príncipe de las monedas griegas y romanas». Hunter y Combe estudian inscripciones de Grecia y monumentos desenterrados en Sicilia. Publican gruesos volúmenes eruditos Muratori y Maffei (*Museo veronés, Antigüedades de la Galia, Observaciones literarias, Verona ilustrada*), el primero en explicar las siglas lapidarias griegas y en pedir formar una recopilación universal de las inscripciones de todo el mundo,

sugiriendo la necesidad de crear un "arte crítico lapidario". (VI, 769) Gori, Finestres, Olivieri y Marini continúan la labor de Maffei. Todo lo que es desenterrado lo explican Oderici, Visconti y Amaduzzi. Los académicos de la Academia de las Inscripciones de París Belley, Le Boze y Le Beau presentan nuevas medallas y lápidas y Barthélemy publica su *Ensayo de Paleografía numismática*. Harán nuevos descubrimientos en este campo Morel, Havercampo, Pellerin, Froelich y Eckhel. Enrique Flórez ilustra las monedas españolas. El agustino Enrique Flórez (*Medallas de las Colonias, Municipios y pueblos antiguos de España, hasta hoy no publicadas, con las de los Reyes Godos*). El danés Zoega estudia las monedas imperiales de Egipto del Museo de los Borgia y los obeliscos. Las colecciones de William Hunter parecen abrir a la Numismática un nuevo mundo. Corsini (*Fastos áticos, Disertaciones agonísticas*) logra descifrar, nuevo Edipo, las inscripciones griegas que se le resistieron a Maffei y bosqueja un Arte crítica lapidaria. Galland publica su diccionario de Numismática. Publican asombrosos diccionarios sobre las medallas Andrés Gusseme y Rasche. Siguen aportaciones en numismática y lapidaria de Addison, Froelich, Bimard, Zacarías, Havercampo, Neuman y Sestini, ideales para estimular a los jóvenes. Se queja JA de no tener espacio suficiente para ocuparse debidamente de Furietti, el primero en estudiar los mosaicos, y de Eckel (*Doctrina de las antiguas monedas, Catálogo del Museo Imperial de Viena*), director de *Monedas inéditas* y de la magnífica *Selección de piedras grabadas* del Museo Imperial. No escasean los anticuarios en el XVIII: Stocche, Gori, Passeri, Guasco, Ficoroni, Bellori...

En *De la Antigüedad explicada*, Montfaucon recupera los oficios antiguos, estudia las piedras talladas, los jarrones y la arquitectura antigua. Espera JA que la ingente obra de Caylus, gran conocedor de egipcios, etruscos, griegos y romanos, pueda servir de estímulo a muchos con sus trabajos sobre piedras entalladas, vasos, arquitectura y artes antiguas, como estimuló la obra de Requeno sobre la pintura al encausto. Pero es Johann J. Winckelmann quien merece ser llamado "el más sólido, más profundo y más perfecto anticuario", por unir ingenio, fantasía y erudición. Con sus *Monumentos inéditos* crea la Anaglítica, "la antorcha para los anticuarios para conocer la Antigüedad figurada". El erudito Visconti, que "nació anticuario", es autor de una *Historia de las Artes y del diseño*, a juicio de JA la más importante y noble obra de la Anticuaria. Habiendo aprendido mucho de Winckelmann sobre los griegos,

enseñó a amar los dibujos antiguos, perfeccionó la Anaglítica del alemán y supo explicar muchas piezas del Museo Vaticano y de otros monumentos de la antigua Roma.

El ex jesuita elogia a Carlos III por ayudar a descubrir "las Indias y el Perú de los anticuarios" al financiar las excavaciones de Pompeya, Herculano y Stabias y por crear una academia de eruditos anticuarios para estudiar lo desenterrado. Aparecieron pinturas que aclaran la hasta entonces ignota pintura griega y estatuas de bronce, a menudo colosales. En Herculano, que JA llegó a visitar, el visitante puede ver y tocar libros y rollos antiguos, "mesas votivas, sillas, sillas curules, yelmos, petos, trípodes, pateras, estilos, tinteros, utensilios domésticos, adornos mujeriegos, manjares". Los eruditos pueden oír con claridad las voces de los escritores antiguos, antes roncadas y oscuras: "ahora podemos pasear por las calles de los antiguos, andar por sus casas, entrar en sus oficinas, asistir a sus mesas, introducirnos en el tocador de sus matronas, y vivir y conversar con aquellos que antes sólo los mirábamos desde lejos sin poderlos descubrir bien". (VI, 460) Recuerda JA la deuda de los anticuarios con la familia de los Venutti: a Marcelo se deben los primeros hallazgos en Herculano y en gran parte la fundación de la Academia de Cortona; a Rodolfo, el estudio del Museo Capitolino, los medallones de la Casa Albani y las monedas de los papas. Cita a otros anticuarios del XVIII: Lami, Passeri, Mazzochi, Guarnacci, Zaccaria (*Institución anticuaria lapidaria, o sea Introducción al estudio de las antiguas inscripciones latinas*), y los volúmenes de la Academia Herculana, que recogen las disertaciones de Maffei, Winckelmann, Guasco, Ficoroni, Bellori, Gori y Passeri, entre otros.

Muchos anticuarios intentaron descifrar los enigmas etruscos, empezando por su lengua. Dempster murió dejando inédita su *Etruria real*, que edita desde 1723 el inglés Coxe, con precisas explicaciones de Buonarrotti. Intentan dar una visión total del mundo etrusco Lanzi, Maffei y Gori. Bourget estudia el alfabeto etrusco, Caylus, las artes etruscas, y los museos de fuera de Italia muestran pronto antigüedades etruscas, en las que se especializa la Academia de Cortona. Entre quienes explican este mundo destaca JA a Passeri. Falta todavía "una copiosa y vasta erudición gramatical e histórica" para desentrañar todos los enigmas etruscos.

Estudian las antigüedades fenicias Fourmont, Morton y Poccoke; las letras samaritanas, fenicias y griegas Barthèley, Swinthon y Pérez Bayer. A inicios del siglo XVII presentó Guillermo Postel una moneda samaritana; luego aportaron otras Arias Montano, Masio, Antonio Agustín, Villapando, Walton y Hottinger. Coringio, a fines del XVII, fijó la verdadera edad de las mismas tras excluir las monedas hebreas con caracteres asirios. Luego Wagenseil, Basnage, Sperling, Tycksen y Schloeger buscaron desterrar toda moneda hebraica, aun las escritas con caracteres samaritanos. Aunque Henrion las cree falsas, Relando, Maffei, Froelich, Barthélemy y Bianconi las aprovechan en Paleografía e Historia. Pérez Bayer (*De las monedas hebreo-samaritanas*) se constituye en "juez y maestro de esta parte de la Numismática", al fijar edad, valor y peso de dichas monedas. Pérez Bayer pensó que se podía aclarar el enigma de las monedas antiguas españolas sirviéndose de las samaritanas y fenicias. Pero Antonio Agustín, Ursino, Worm, Rudbeck, Mandel, Lastanosa, Rajas y Martí no se pusieron de acuerdo sobre si los enigmáticos caracteres de las antiguas monedas españolas eran rúnicos, fenicios, españoles antiguos o latinos. Remite JA a la obra del marqués de Valdeflores *Ensayo sobre Alfabetos de letras desconocidas* y espera que el admirable Pérez Bayer dé varios tomos sobre este apasionante problema.

Tiene mucho mérito el XVIII en lo referente a las enigmáticas Antigüedades egipcias. Abren el camino Kircher y John Marsham. Luego, los viajeros Norden, Poccoke y Wood escriben memorias, que Brothier quisiera más completas. Caylus dedica un apartado a las antigüedades egipcias en su *Colección de antigüedades*. Belgrado estudia su Arquitectura y Du Puy y Guignes, su lengua y sus costumbres.

También se interesa el XVIII por las Antigüedades septentrionales: Pérez Bayer habla ante la Academia de San Petersburgo de escitas, cimerios, venedos y primitivos rusos; Lindeim, ante la de Upsala, del diverso origen de filandos y lapones; Pérez Bayer y Fourmont hablan de los pueblos brahmánicos, tangutanos y mangiurico. Suecos y daneses estudian las antigüedades escandinavas. Sin mucho fruto aún, los eruditos se interesan por las antigüedades de Asia, África y Europa.

En antigüedades arábicas, existe un alto interés por las monedas: Lastanosa y Hottinger publicaron algunas monedas arábicas; en el siglo XVIII las estudian, junto con las inscripciones arábicas, Relando, Vergara, Paruta y Clewberg. Las exhiben los Museos Pembrokiano, Arrigoni y Cesáreo. Dan inscripciones arábicas Varnelli,

Peyron (*Viaje a España*) y Swiburne. JA destaca al explorador, matemático, naturalista y cartógrafo Niebuhr por sus volúmenes *Viaje de Arabia y Descripción de Arabia*. Barthélemy d'Herbelot solicita una Numismática arábiga de altura. Jakob G. Adler publica su *Museum cuficum Borgianum Velitris, 1782-1792*. Todo ello puede iluminar a la vez las literaturas arábiga y europea. JA espera que la gran obra sobre la antigüedad arábiga la realicen la Academia de la Historia española y la de Nobles Artes de San Fernando. Si siguen el plan que les ha trazado Jovellanos, ambas academias darán una justa idea de la Arquitectura, la Pintura y la Escultura de los árabes y merecerán el elogio de los europeos, "tal vez sus discípulos". Se sabrá más sobre ladrillos pintados, vasos calados y otros adornos arábigos. El mundo árabe merece la consideración de un «erudito filósofo».

JA recuerda su *Lettera sopra alcuni codici delle biblioteche capitolari di Novara e di Vercelli*, donde intentó datar la obra *Sobre la descripción de la Ciudad*, en la que el canónigo de la sede apostólica Juan Cavallini dei Cerroni aportaba en el siglo XIII numerosos datos sobre el vivir de los romanos. (VI, 765) Con su *Glosario de la latinidad medieval y tardía* Du Cange, "el anticuario de los tiempos bajos", inició el camino; también dio una Numismática del Imperio Oriental. Estimulan a los filósofos las *Antigüedades italianas* de Muratori. De Boze y Saint-Vicent ilustran las monedas francesas; Legrand estudia la vida privada de los franceses; Mr. de la Curne y otros miembros de la Academia de las Inscripciones y Bellas Letras de París estudian la institución de la caballería. Españoles como Flórez, Mayans y Capmany aclaran la España medieval. Schilter, Heinecio y el Abate Gotwicense ilustran con monedas y otros monumentos la historia de Alemania y la de otras naciones. Pero es Italia la nación más amante de la Antigüedad. En Numismática brillan Muratori y Carli (*Sobre la antigüedad itálica*), que han creado en el XVIII una nueva anticuaría con las noticias que antes fueron pasadas por alto. Parte de la Anticuaría medieval es la Diplomática. Estudian los diplomas antiguos Muratori (*Antigüedades Itálicas de la Edad Media*), Helbig, Rudimon, Herzio, Eckard (*Introducción al arte diplomático principalmente de Alemania*), Bering (*Clave diplomática*), Baring (*Biblioteca diplomática de escritores sobre Diplomacia*), Walter, que reúne las siglas que halló en los diplomas durante veinte años de trabajo, y Sicard. Editan colecciones de diplomas, entre otros, Labbé, Ludewig (*Sobre las guerras diplomáticas*) y el Abate Gotwicense (*Cronicón*

Gotwicense). Casi no hay historia sin su colección diplomática. El primero en dar reglas para formar un arte Diplomática (*De re diplomática*) fue el jesuita Daniel Papebroch. En el XVII, Jean Mabillon revolucionó la Diplomática con su *De re diplomática*, sobre los diplomas franceses, obra alabada por unos y denostada por otros. Maffei planeó una Historia diplomática y un Arte Crítica Diplomática, pero tal empresa no vio al fin la luz. Admirable le parece el *Nuevo tratado de Diplomática* de los Maurinos, congregación que parecía destinada a perfeccionar dicho arte. Se abordan en sus volúmenes:

Los archivos antiguos y modernos, los diplomas, las materias en que están escritos, los instrumentos para escribir, los alfabetos orientales y occidentales, antiguos y modernos, las muchas y diversas maneras de escribir, la puntuación, las abreviaturas, las cifras, el estilo, la ortografía, la lengua, los sellos, las reglas para conocerlos... (III, 472)

Así, la Diplomática, nacida a fines del siglo XVII, alcanza su perfección. Alude luego JA a la Pasigrafía o escritura que cada uno puede leer en su propia lengua, de la que se habló desde Leibniz hasta Demaimieux (*Pasigrafía y Pasilalia*), sin demasiados resultados. Lamenta JA los pocos progresos de la Anticuaria eclesiástica, a pesar de Alfonso Chacón, Baronio, Chifflet, los Bolandistas, Fabretti, Aringhi, y Torrigio. Ciampi estudia los mosaicos de algunas iglesias y los edificios alzados por Constantino; Buonarrotti se interesa por los vidrios; Boldetti, por los cementerios; Fontanini, Lupi, Allegranza y Borgia, por un disco de plata, un sepulcro, un baptisterio o una cruz. Pero falta, a juicio de JA, una Anticuaria cristiana que aborde en exclusiva

los dípticos, los ornamentos eclesiásticos, los instrumentos con que fueron atormentados los santos mártires, las inscripciones, las medallas, los bajorrelieves y tantos otros monumentos sagrados que se conservan en la Biblioteca Vaticana y en otros museos. (III, 473)

Echa de menos también una *Roma antigua cristiana* para devotos y profanos. Falta la guía de un *Arte Crítica Anticuaria* para "no desbarrar miserablemente en los estudios de la Antigüedad", un *Arte Hermenéutica y Exegética de toda la Antigüedad*. Faltan Anticuarías que recojan los monumentos antiguos de cada arte y de cada ciencia: Anticuarías arquitectónica, geográfica, médica, botánica, astronómica... Sin

olvidar nunca que el objetivo último de la Anticuaria es el "íntimo conocimiento del hombre antiguo", para poder imitar a griegos y romanos, que llevaron al hombre a su más alta perfección.

Además de investigar, como Winckelmann y Caylus, las Nobles Artes de la Antigüedad, hay que estudiar las Artes mecánicas (las ejecutadas con las manos) y las liberales. Además de la parte formal o icástica (de *eikastikós*: 'sobre la representación de los objetos'), interesa la parte mecánica y material. Estúdiense las Arquitecturas griega y romana, sus esculturas, mármoles, metales, colores, tablas, pinceles, cinceles y buriles, su sabio uso de piedras, perlas, vidrios, metales, linos y lanas, que los hombres del siglo XVIII, con sus conocimientos de Física y Química, no pueden superar. Tácticos, agrónomos, economistas y políticos antiguos eran muy superiores a los del XVIII. Estúdiense también los sistemas pedagógicos, que les permitían un rápido acceso a la elocuencia y la erudición, inalcanzables para los hombres del XVIII "con tantas escuelas, tantas academias, tantos métodos y tanto trabajo". La mayor perfección de los antiguos en Letras y Ciencias debería servir de "dulce estímulo". Confiesa JA: "Yo no puedo seguir las infinitas ideas que me presta el amor a la Antigüedad".

De la Gramática

JA otorga al término *Gramática* dos significados: como Filología (Crítica, Hermenéutica y todo estudio erudito sobre los textos), una concepción que remite al mundo clásico (donde los gramáticos eran «filólogos») y al mundo del humanismo, concepción no vigente ya en el siglo XVIII, aunque cercana a la actual concepción de la Lingüística como suma de estudios sobre el lenguaje; y como Gramática técnica (con un fin educativo, como el que persiguen las gramáticas actuales). La Gramática de JA será técnica y exegética o histórica (denominaciones de Quintiliano), además de crítica (con la misión de enmendar los textos y detectar su autenticidad o falsedad).

Los griegos son los primeros gramáticos. Platón en su *Cratilo* no ve indigno de un filósofo ocuparse en asuntos de Gramática; Aristóteles y estoicos como Crisipo aman las "menudencias gramaticales". Alejandría será «la Atenas de la Gramática». Aristófanes Bizantino es el maestro de Aristarco, «príncipe de los gramáticos».

Poetas, historiadores y gramáticos aceptan gustosamente la denominación honrosa de «filólogo». Apolodoro preside en Pérgamo una academia de Gramática. El primer gramático del que quedan obras es Dionisio de Tracia. Del tiempo de Pompeyo son Dionisio de Halicarnaso y Dídimo Alejandrino, de la escuela de Aristarco.

Tras introducir Crates de Malo, gramático de Pérgamo, la Gramática en Roma, las escuelas de Gramática se multiplican y abundan los filólogos, críticos o *polyhístores*, muy honrados por los romanos. Cicerón o César se interesan por lo gramatical. Salustio o Asinio Polión estudian con el gramático Ateyo. El enciclopédico Varrón es el gramático romano de más fama. Con el Imperio, los estudios de Gramática se extienden por todos los pueblos dominados. A Tiberio, Nerón o Adriano les gusta conversar con sus gramáticos, cada vez más ensoberbecidos. Con sus *Instituciones oratorias*, Quintiliano enseñará Retórica, que JA incluye en la Gramática, a toda Europa durante muchos siglos. A los filólogos y retóricos griegos como Porfirio, Hermógenes y Longino, y romanos como Apuleyo, Aulo Gelio, Macrobio y Marciano Capella, añade JA a san Agustín y san Isidoro.

Durante el Medioevo («los tiempos bajos»), Alcuino y Beda el Venerable explican la Gramática a un nivel muy básico, como componente del Trivio.

Sólo renacerán los estudios gramaticales gracias a los filólogos Dante, Petrarca y Boccaccio. Luego los maestros de Gramática se multiplican (Guillermo de Pastrengo, Juan de Rávena, Coluccio Salutato, Leonardo Bruni y los griegos Leoncio Pilatos y los Crisolaras). Filósofos como Gemisto Pletón, Jorge Scolario, Jorge de Trapezuncio y Besarión se dedican con ardor a la Filología. JA considera al siglo XV el siglo de los gramáticos: Guarini, Victorino de Feltre, Lorenzo Valla, Francesco Filelfo, Ambrosio Camaldulense, Poliziano, Pico della Mirandola, Ficino y Pontano. Los europeos van a Italia a estudiar filología. Se aman las cuestiones gramaticales y la erudición busca originales griegos y latinos.

En el siglo XVI resuenan Erasmo, Budé, Vives, Alciato, Jacques Cujas, Antonio Agustín y Sigonio. Se multiplican las gramáticas, los diccionarios y las ediciones de los antiguos, mejorándose lo hecho en el XV. Mientras se enfría el ardor filológico en España o Italia, crece en Holanda y Alemania con Vossio / Gerhard Johannes Voss, Meursio / Jan van Meurs, Hugo Grotius, Heinsius y Burmanus. A los que sucederán Sánchez de las Brozas, Salmasio / Claude Salmasius, Dacier, Mureto / Marc-Antoine

Muret, Adriano Turnebo / Adrien Turnèbe, los dos Estéfanos / los Estienne, J. C. Escalígero, Casaubon, Hemsterhuis, el mejor de los grecistas según Runkeno. (VI, 777)

JA, que ama el latín y el griego, constata que nunca se vieron las lenguas sabias en tanto esplendor como en el siglo XVI. Entre las lenguas exóticas que los eruditos estudian está el árabe. Recuerda JA la promoción de esta lengua realizada por Ramon Llull / Raimundo Lulio, cita un *Glosario latino-arábigo*, que cree obra de un español, y elogia a Pedro de Alcalá, autor del primer diccionario bilingüe (*Vocabulista arábigo en letra castellana*) y la primera Gramática del árabe para lectores españoles (*Arte para ligeramente saber la lengua arábigo*). También promueven esta lengua en Europa Justiniani, J. C. Escalígero y Casaubon. A inicios del XVII dan diccionarios de árabe Raffelengio, Golio, Giggeo, y Gramáticas del árabe Herpenio y Guadagnoli. Luego se multiplica la erudición arábigo: Pococke, Hottinger, Herbelot, Bernard, Maracci. Traducirán textos árabes Schultens, Reiske, Jones y Cardonne, y los maronistas y Abraham Ecchelense, los Assemani y Casiri introducirán la literatura árabe entre los europeos.

La Biblia hace a la lengua hebrea más necesaria que la arábigo. Los rabinos siguen a los árabes en Gramática. Tras la mitad del XI, R. Jonah Ben Ganach, Aben Ezra y David Kimchi realizan comentarios, diccionarios y gramáticas (lo constatan los bibliógrafos de los rabinos: el orientalista Bartolucci, Wolf, especialista en La Cábala, y el hebraísta y bibliógrafo Rodríguez de Castro en el apartado de producción rabínica española de su *Biblioteca Española* (1781-1786). En el XV muchos cristianos estudian hebreo para entender los libros santos. La Biblia Políglota de Cisneros es compilada a inicios del XVI. Enseñan hebreo en Europa Postel, Reuchlin y Teseo. Pero JA destaca a Santes Pagnini por su versión literal del texto hebreo de la Biblia, con un diccionario y una Gramática (*Veteris et novi testamenti nova translatio per Sanctem Pagninum nuper edita approbante Clemente VII*). Benito Arias Montano da una versión completa de la Biblia (Biblia Políglota de Amberes o «Biblia Regia»). Crece, pues, «la filología hebrea» en manos de filólogos, teólogos y eruditos. También se estudian sirio y caldeo, y aparecen las Biblias políglotas de Lejay y de Walton, los comentarios sobre la Biblia, el mundo hebreo y las variantes del texto hebreo de la Biblia de Kennicot y de Rossi, y las obras de la *Biblioteca oriental* de Micaelis.

En Italia surgen defensas de la lengua vulgar desde Dante (*Sobre la elocuencia vulgar*). En España, Alfonso X funda en Toledo una Academia de la lengua castellana / la llamada *Escuela de Traductores de Toledo*. En el XVI son muy activos los maestros de Gramática, y aunque en el siglo siguiente el Barroco deteriora la escritura y decae el estudio de la Gramática. Con la fundación de la Real Academia Española en 1713 parece volver el buen gusto a los estudios lingüísticos. En Francia los frutos más sazonados se recogen en el XVII. La Academia francesa, con sus Gramáticas y diccionarios, hace del francés la lengua política de todas las Cortes y la lengua culta de Europa entera. Y Francia es maestra de las otras naciones en el tratamiento filosófico de la Gramática. Inglaterra hubo de esperar hasta 1755 para ver el primer diccionario del inglés / *A Dictionary of the English Language*, de Samuel Johnson. Los escritores ingleses acostumbran a escribir sin respetar demasiado las normas gramaticales, como denunció Swift. Se aprecia como gramática inglesa *A short introduction to english grammar with critical notes* de Robert Lowth. Algunos fechan el nacimiento del alemán moderno en el XVI, cuando Lutero lo escribe con pureza y corrección. Luego penetrarán en el alemán muchos vocablos franceses y latinos. Las academias de Leipzig, Königsberg y Jena hacen avanzar la Gramática y la lengua alemanas en el XVIII. Se refiere también JA a las academias sueca y rusa, de la que se espera que edite pronto un copioso diccionario y gramáticas de las lenguas de las naciones del Imperio ruso.

La Gramática —señala JA al frente del capítulo *Gramática técnica*— comenzó siendo *Gramatística*. Los griegos empiezan a reflexionar sobre el código lingüístico estudiando acentos, letras, ortografía y puntuación; luego se interesarán por estos asuntos Cicerón y Quintiliano y más adelante muchos humanistas. Forma parte de la Gramatística la Paleografía, que se verá enriquecida por Montfaucon (*Paleografía griega*), Pluche (*Paleografía francesa*), el jesuita Andrés Marcos Burriel (*Paleografía española*, que apareció firmada por Esteban Terreros y Pando), y finalmente por el completísimo *Nuevo tratado de Diplomática* de los Maurinos, que aporta los alfabetos necesarios para entender las más embrolladas escrituras. A la Gramatística pertenece también el arte de enseñar a hablar a los mudos, invención del monje benedictino Pedro Ponce, luego divulgado por Juan Pablo Bonet (*Arte de enseñar a hablar a los mudos*), Ramírez de Carrión y Pedro de Castro; en Inglaterra por Wallis, en Holanda

por Amman y en Francia por Pereira, que impulsa la creación de este arte por toda Europa para beneficio de "aquella infeliz porción de la Humanidad", y por el abate L'Épèe. En nota a pie de página (III, 495), escribe JA que estando imprimiéndose este tomo III, envió a la marquesa de Llano, embajadora en la corte de Viena, una breve historia de este arte de origen "enteramente español". Igualmente pertenece a la Gramatística la Calografía, "que enseña a dibuxar, delinear, o sea, escribir con ayre, gallardía y perfección". Practicaron este arte muchos españoles, a los que cita José de Anduaga y Garimberti en su *Arte de escribir por reglas y sin muestra...*

Luego la Gramática abandona las muy pequeñas partes de la Gramatística. Aristóteles estudia las partes de la oración; escriben las primeras gramáticas Donisio de Halicarnaso, Quintiliano, Prisciano (*Institutiones Grammaticae*) y Dionisio de Tracia, «el técnico», cuya *Arte gramática* está considerada como la más perfecta de las antiguas y base de las posteriores gramáticas del griego, el latín y otras lenguas europeas hasta bien entrado el Renacimiento. JA, sin embargo, no siente que estas gramáticas se perdieran, pues seguramente sólo estudiaban las partes de la oración. Prisciano prefiere a Apolonio Díscolo y a su hijo Herodiano, «príncipe de los gramáticos», que da a la gramática griega una base científica. No hablará del manual de métrica griega del gramático Efestión / Hefestión de Alejandría, ni de la Sintaxis de Ammonio Alejandrino, puesto que Aldo Manuzio recogió en dos tomos a algunos de estos gramáticos griegos de segunda fila.

Más útiles que las Gramáticas juzga JA los diccionarios de los griegos, como el *Onomástico* de Julio Pólux, el diccionario del gramático alejandrino Hesiquio, el de Cirilo, el de Erociano (*Catálogo de las voces que se hallan en Hipócrates*), el retórico del alejandrino Valerio Arprocación, el Léxico homérico de Apolonio, el diccionario *Étnica* del geógrafo y gramático Estéfano Bizantino, y sobre todo el diccionario del lexicógrafo griego del siglo X Suidas, de gran utilidad para la Historia y la Antigüedad, híbrido entre diccionario y enciclopedia.

JA alaba más a los griegos por su Retórica que por su Gramática. Aristóteles entrega en su *Retórica* y en los fragmentos de la *Poética* "el código del buen gusto en la Elocuencia y la Poesía". No menciona a los retóricos griegos porque Aldo Manuzio y Galeo publicaron en su imprenta Aldina a partir de 1494 sus *Rhetores Graeci*. Llama "librito de oro" al *Tratado de la elocución o del perfecto lenguaje y buen estilo / De*

elocutione de Demetrio, de tradición griega, y menciona las aportaciones de Dionisio de Halicarnaso y *Sobre lo sublime* de Longino, obra "nunca bien alabada".

Gramáticos latinos como Varrón estudian analogías y etimologías. Destaca JA a Donato, maestro de gramáticos, y a Prisciano, tomado durante siglos por maestro de las escuelas. Alcuino copió a los dos para explicar gramática en el Trivium. Harán diccionarios de palabras latinas Festo, Nonio, Frontón, Agrecio y Donato.

Al igual que los griegos, los romanos son mejores en Retórica que en Gramática. Fueron buenos retóricos Victorio, Emporio y Fortunaciano. Cicerón esparce preceptos sobre elocuencia en sus libros de oratoria: *De oratore*, acerca de la formación del orador, *Orator*, retrato del orador ideal, y *Brutus*, historia de las elocuencias griega y romana. Quintiliano guía al orador, dice JA, desde la cuna a la tribuna con los doce volúmenes de su enciclopédica obra *Instituciones oratorias*. Ante Cicerón y Quintiliano, deben ceder Dionisio de Halicarnaso, Aristóteles y Longino. JA habla luego de helenistas de la calidad de Budé, que impulsó el estudio del griego en Francia con sus *Comentarios de la lengua griega*. Son numerosos los diccionarios de griego, como el *Tesoro de la lengua griega* de Henri Estienne, luego ampliado por distintos autores. Sturz edita a Jenofonte, Damm, a Homero y a Píndaro en su *Nuevo léxico griego etimológico y real*. (VI, 778). Destaca JA también el *Glosario greco-bárbaro* de Meursio y el *Glosario de la media y baja latinidad* de Du Cange.

El latín se extiende más que el griego por Europa. Se usan las Gramáticas de Donato, Prisciano y Esmaragdo. Abundan los diccionarios de latín desde el siglo XI: el del lombardo Papias, los de Hugoción de Pisa, Juan de Génova y Selvático, formados en las *Etimologías* de San Isidoro, y el de Juan Balbi / Johannes Balbus, el *Catholicon*, diccionario latino muy apreciado en la Baja Edad Media, última gran obra de la lexicografía medieval. Luego presenta JA a los humanistas del Renacimiento, desde Lorenzo Valla, con su gramática *Elegancias de la lengua latina*, y la *Cornucopia* de Perotti hasta el diccionario multilingüe de Calepino y la gramática *De causis linguae latinae* de J. C. Escalígero, sólo superada por la de Sánchez de las Brozas, el Brocense, que en su *Minerva* confiesa deberle no poco. Son numerosos los gramáticos que desde el XV comentan a los clásicos. (VI, 780) Destaca JA como los verdaderos maestros de la Gramática a Daniel Morhof (*Polyhistor, literarius, philosophicus et practicus*), importante antecedente de la COMPARATÍSTICA moderna; al jesuita

Francisco Manuel Álvarez, que con su gramática latina *Arte Gramática* formó a los buenos latinistas de siglos posteriores; Sánchez de las Brozas, al que elogia como maestro de maestros el gran gramático Sciopio / Gasparus Scioppius o Kaspar Schoppe, autor de la *Minerva*, gramática filosófica, no normativa, basada en la razón; el protestante holandés Vossio, que aporta con su *Arte Gramática* la gramática histórico-filológica más completa hasta entonces. Los demás beberán en ellos. Frente a estas gramáticas filosóficas y especulativas, JA prefiere que las reglas deriven del uso y de los ejemplos de los buenos autores más que de la Lógica.

Presta especial atención JA a los italianos que, individualmente o integrados en instituciones como la Academia de la Crusca, realizaron estudios lingüísticos (Facciolati, Forcellini, Mazzocchi, Fortunio, Bembo, Castelvetro, Caro, Varchi, Giambullari, Salviati, Buommattei, Mambelli, Bartoli, Corticelli (VI, 779-780), Carlo Dati, el abate Menaggio y Cesarotti); y a los españoles desde Antonio de Nebrija, Alfonso de Palencia, Bernardo de Alderete, Ambrosio de Morales y Sebastián de Covarrubias Horozco hasta el XVIII, cuando se funda la Real Academia Española.

Los franceses son los introductores del espíritu filosófico en la Gramática. Supone JA sobradamente conocida la *Gramática general y razonada* de Port-Royal, de los jansenistas Lancelot y Arnauld, que tiene como lema "Concebir, Juzgar, Razonar", y las Gramáticas del francés del abate Regnier-Desmarais, del padre Buffier y de La Touche. Menciona luego los diccionarios franceses: el de la Academia Francesa, el *Diccionario etimológico* de Menaggio, los diccionarios universales de Furetière y de Richelet, el de Antoine Charpentier, el jesuítico *Mémoires de Trévoux / Diccionario de Trévoux* (1704-1771), síntesis de los diccionarios franceses del XVII. Y señala como "excelentes modelos de verdadera Filosofía aplicada a obras gramaticales la obra *Sinónimos franceses* del abad Gabriel Girard y *Tratado de los Tropos*, con el que Du Marsais intenta una teoría filosófica del lenguaje figurativo. También se refiere JA al intento de crear una *lingua universalis* que llevan a cabo Descartes y Leibniz, algo que buscan en el XVIII la *Gramática latina de la lengua filosófica o universal* de Jorge Kalmar y la *Gramática razonada de la lengua italiana* de Francesco Soave. Del mismo sesgo filosófico son las investigaciones gramaticales y etimológicas de Court de Gébelin (*Historia universal del habla, o Precisiones sobre el Origen del Lenguaje & de la Gramática Universal*).

En Retórica y Poética, JA sólo nota cierta originalidad en los libros de *Poética* de J. C. Escalígero y en la vulgarización de la *Poética* aristotélica realizada por Castelvetro. Aunque siguen a Aristóteles, halla interesantes las posteriores poéticas de Muratori, Metastasio y Gravina. Merecen mención también Fénelon, por su famosa carta a la Academia francesa, Corneille, buen crítico de sus propias tragedias, el padre Rapin, Du Bos (*Reflexiones críticas sobre la poesía y sobre la pintura*), Batteux (*Las bellas artes reducidas a un único principio*), Voltaire, Marmontel, que colabora en la *Encyclopédie* con artículos de carácter poético y literario, Rollin, Condillac (*Tratado de los Estudios o Curso de estudio para la instrucción del príncipe de Parma*) y el escocés Blair (*Lecciones sobre la retórica y las bellas artes*).

EXEGÉTICA

Fueron escasas las traducciones llevadas a cabo por los griegos de obras púnicas, fenicias o hebreas; en cambio, son numerosos los rapsodistas y comentaristas que ilustran a Homero y a Esquilo, Sófocles y Eurípides. JA pasa a referirse a las traducciones que hacen los romanos, por mera devoción a sus maestros los griegos, cuyo idioma suelen conocer bien. Los gramáticos explican a los poetas griegos y latinos. Los eclesiásticos pasan al latín los libros de Filón, San Basilio o San Gregorio Nacianceno, destacando entre ellos san Jerónimo, excelente traductor de libros sagrados y profanos. Los eclesiásticos griegos traducen a su vez a san Jerónimo, san Agustín y san Gregorio Magno, demostrando su amor a la Hermenéutica. Los árabes, que realizaron innumerables traducciones, no siempre fieles, de los textos científicos y filosóficos de los griegos (menos de su literatura amena), contribuyeron a disipar la ignorancia en la que yacía Europa. Gracias a ellos los rabinos, más cultos que los cristianos, tienen acceso a la doctrina griega. Los europeos acceden al saber traduciendo al latín los textos de los árabes y de judíos como Maimónides o Ben Tibbon. Tras traducir Boccaccio a Homero con ayuda del griego Leoncio Pilato, crecerá el número de traducciones del griego a cargo de doctos exégetas europeos como Lorenzo Valla o Erasmo de Rotterdam.

Eruditos filólogos como Justo Lipsio, El Pinciano, Antonio Agustín, el jesuita Juan Luis de La Cerda o Casaubon, destacado entre todos, comentan a los clásicos.

Alaba JA las excelentes ediciones parisinas de los clásicos *ad usum Delphini*, leídas en toda Europa, y las ediciones holandesas *cum notis variorum*. Se traduce, comenta e ilustra con fervor a los clásicos grecolatinos. Pero queda mucho que ilustrar y no de cualquier modo:

Juicio en la elección de las varias lecciones del texto sin pesados cotejos; claras explicaciones gramaticales e históricas sin largas charlatanerías, y sin afectada y superflua erudición; delicadeza de ingenio y de gusto para percibir y hacer percibir las gracias de las obras ilustradas, son las prendas que se requieren en todas las ilustraciones y que pueden encontrarse en poquísimas. (III, 514)

Desgraciadamente, los comentarios suelen carecer de las explicaciones que los lectores esperan, con el consiguiente disgusto de estos y el aumento inútil del grosor de los volúmenes. Aunque en el siglo XVIII ya no se leen las traducciones realizadas en las lenguas vulgares de los grecolatinos, en Italia aún son estimados el Virgilio de Caro y el Lucrecio de Marchetti; en Inglaterra, el Homero de Pope; en Francia, el Plutarco de Amiot, el Homero de madame Dacier y el teatro de los griegos de Brumoy. Algunos «pretendidos filósofos» creen incompatible con el siglo las lucubraciones hermenéuticas. Pero el hecho es que se sigue traduciendo a Homero, Virgilio, los oradores griegos, los Santos Padres y diversos autores italianos y franceses. Destaca JA las traducciones y comentarios de Cesarotti, el famoso traductor de los poemas de Ossian, y las del Infante español don Gabriel de Borbón, acertado traductor de Salustio. Cuando las letras son apreciables parece inevitable cultivar la Exegética. Por eso los autores modernos comentan a los modernos: ya Dante, Petrarca y Boccaccio fueron explicados como clásicos en las escuelas en latín o en italiano; el poeta Fernando de Herrera explicó la poesía de Garcilaso de la Vega (*Anotaciones a Garcilaso*); Addison, a Milton; Pope, a Shakespeare; Voltaire, a Corneille...

CRÍTICA

Al abordar la parte de la Gramática que tiene por finalidad censurar y corregir los textos y detectar los falsos y apócrifos, recuerda JA que ya Alejandro Magno

encomendó a Aristóteles, Calístenes y otros filósofos mantener la pureza de los versos de Homero. Al frente de las bibliotecas griegas y romanas figuran importantes gramáticos, críticos y eruditos (Demetrio, Zenódoto, Eratóstenes, Aristarco, Aristófanes, Apolodoro, Higino...); los primeros bibliógrafos elaboran meticulosamente catálogos e índices de autores y títulos, y se utilizan señales especiales para marcar los distintos estilos. Homero es editado con primor por Zenódoto, Aristófanes Bizantino, Arato, Crates de Malo y Aristarco o denostado por Zoilo, autor de un *Homeromastix / Azote de Homero*. Además de Aristarco, son críticos excelentes Dionisio de Halicarnaso, Hermógenes y Longino. Los romanos realizan índices de las comedias de Plauto y Terencio, atacan o defienden a Cicerón (Licinio Largo es autor de un *Ciceromastix / Azote de Cicerón*), quien en obras retóricas como *El orador* se muestra acertado crítico al juzgar a griegos y romanos, aunque suele alabar más a estos últimos. Agudo e ingenioso crítico es también el Quintiliano de *Instituciones oratorias*, que juzga ecuéanimemente a griegos y a romanos. El cristianismo ha de preocuparse de conservar puros los libros sagrados, ante traductores demasiado libres, ignorantes copistas y maliciosos herejes. Orígenes suele quejarse de las corrupciones que se dan en muchos pasajes de la Biblia y de los Santos Padres. Toda su vida la dedicó a este fin el "crítico sagrado" san Jerónimo. También san Agustín se muestra buen crítico. Pues se fingen Evangelios, epístolas de San Pablo, de Jesucristo y de los Padres Apostólicos, es obligado distinguir con cuidado entre los libros apócrifos y los auténticos.

Faltó la Crítica durante el Medioevo. Aunque Petrarca y los primeros humanistas aman los libros antiguos, aún no se plantean críticamente la autenticidad o falsedad de los textos ni su corrección. Se copian mal los códices, creando confusión. Descubierta la imprenta, esta caerá a menudo en manos mercenarias e ignorantes; en vez de corregir los yerros de los manuscritos, los correctores imaginativos añadirán otros nuevos; todo es más complicado cuando los textos son copias de copias sacadas por escribientes torpes en épocas de barbarie. Para ilustrar a un autor es indispensable hacer muchas lecturas de autores de su tiempo, ser un erudito, conocer usos y costumbres y entender los sentidos de las palabras. Ya exhiben una buena crítica los humanistas eruditos y sus continuadores desde Poliziano hasta Sylburg, Raffelengio, Pulman y Plantino pasando por Antonio

Agustín, Manuzio, Budé, Henri, Estienne y Erasmo de Rotterdam. (VI, 1781) Tras el triunvirato formado por J. C. Escalígero, Casaubon (el Augusto del mismo a juicio de JA) y Salmasius, son legión los editores, los traductores y los comentaristas europeos de calidad: Vettori, Turnebo, Muret, Gronovio, Heinsius, Grevio, Burmann, entre otros. El polémico y audaz Richard Bentley (*Disertaciones sobre las epístolas de Falaris, Historia crítica de los oradores griegos*) edita a Horacio, Terencio y Manilio. El genio crítico se manifiesta en *misceláneas, lecciones varias y observaciones críticas*. (VI, 782) Las obras sobre la Biblia se multiplican. Cree JA que se propasan en sus comentarios Bouchard, Simon y Clerc. (VI, 783) Surgen las bibliotecas: *Biblioteca filológica* de Leipzig, *Biblioteca crítica* de Amsterdam... En el norte europeo son venerados críticos como Wittembach, Wolf, Jacob y Heyne. Aunque en Italia no abundan los buenos críticos, JA no deja por ello de alabar las ediciones de clásicos y autores eclesiásticos de Salvini, Couchi, Bandini, Ballerini, Vallarsi, Maffei y Torelli, las *Ejercitaciones laercianas* de San Marcos, la *Bibliotheca manuscripta graeca et latina* y los catálogos de bibliotecas vénetas y otras obras de Morelli. Son aplaudidas las ediciones hechas por los Maurinos de los Santos Padres y las de los clásicos realizadas por el bibliógrafo Mercier, abate de Saint-Léger, Villoison, Schweighäuser y Brunk, «el Bentley de nuestros días», editor de la *Antología griega / Anthologia Graeca or Analecta veterum Poetarum Graecorum* (1772-1776), donde innova el método tradicional de las escuelas de Europa, al ceñir estrechamente sus comentarios a los textos, atribuir a fallos de los copistas los errores de los autores griegos y proponer las alteraciones necesarias. (VI, 783) Pasa luego JA como de puntillas por Trithemius (monje alemán fundador de la sociedad secreta Cofradía Céltica, dedicada al estudio de las lenguas, las matemáticas, la astrología y la magia de los números), Sixto Senense (franciscano, hijo de padres judíos que estuvo a punto de morir en la hoguera por sus opiniones heterodoxas y acabó siendo dominico y dejando una *Bibliotheca sancta*) y Gessner (el autor de la *Bibliotheca universalis*). Sobre los escritores eclesiásticos escriben críticos como el jesuita Belarmino (*Controversias*), Cave (*Scriptorium ecclesiasticorum*, una de las primeras Patrologías), el lingüista Oudin (*Tesoro de las dos lenguas francesa y española*); Meursius, que hizo ediciones de griegos y latinos, muchas de las cuales recogió Gronovio en su *Thesaurus antiquitatum graecorum*. De las *bibliothecas* de Fabricius cree imprescindible JA elogiar la *Biblioteca Latina* y, sobre todo, la *Biblioteca*

griega. Pueden englobarse en la Crítica las gacetas y los diarios que tratan de obras literarias. Se pregunta JA por cómo podrá obtenerse un *Arte crítica* ideal. Cree que deberá salir de los escritos de Wower (*De Arte Critica*); Mausac; Robortello (*De arte sive ratione corrigendi antiquorum libros disputatio*, considerado hoy el primer tratado teórico de crítica textual); Sciopio (*De arte critica et praecipue de altera ejus parte emendatrice*), el teorizador de la *emendatio ex codicum auctoritate*; y, sobre todo, de los textos del muy influyente teólogo arminiano Le Clerc, que considera la crítica textual como auxiliar de la erudición. Recuerda por fin JA las conocidas *Nuevas observaciones* del carmelita descalzo Honorato de Santa María, quien concibe la Crítica como una colección de observaciones que buscan formar juicio sobre los hechos históricos, los libros, sus diversas lecciones, sentido y estilo, y los autores. (VI, 783)

ANTIGUOS Y MODERNOS

Reitera JA su admiración por la elocuencia griega y no se explica la posterior decadencia de griegos y romanos ni que Europa dejase de imitar el gusto romano durante siglos. Y pasa a estudiar el estado de las Bellas Letras en las distintas naciones: tras restaurar Italia el gusto grecolatino, será Francia la que, con su colección única de "almas cultas, ejemplares, y modelos de toda clase de escritores" se convertirá en maestra de toda Europa. Inglaterra desprecia en público a los franceses y los lee en secreto. Los alemanes escriben textos de aire "más gracioso y brillante", menos pesados. Italia sigue la disciplina francesa, adoptando un estilo más vigoroso en Elocuencia y Poesía dramática. JA hace luego un parangón entre autores antiguos y modernos: Ariosto y Tasso rivalizan con la épica antigua, Petrarca con los poetas líricos y elegíacos antiguos; la tragedia y la comedia francesas y la ópera italiana, con el teatro griego; los modernos son mejores que los antiguos en sus romances y en elocuencia sagrada; los antiguos son mejores en elocuencia forense y en Historia. La conclusión es que la mente humana ganaría si los modernos, que presumen de sabios, reconocieran el mérito de los antiguos, y si los pedantes anticuarios respetasen y leyesen a los modernos. Acepta JA que la Naturaleza sigue dando grandes ingenios ("los Metastasio, los Voltaires, los Buffones y los Rousseaus", aunque no cree que renazcan "un Livio, un Virgilio, un Cicerón"). Achaca luego la

diversidad de gustos de las distintas naciones a factores como el ingenio, la imaginación y, con terminología empirista, "las internas sensaciones que producen en nosotros los objetos naturales". Corneille, Racine y Voltaire dan otro color a las pasiones de los griegos y Metastasio encuentra actitudes ausentes en griegos y franceses. Tras Cicerón, que parecía insuperable, vinieron a renovar la elocuencia Bossuet, Fénelon, Bourdaloue, Massillon, Buffon y Bailly.